

Carlo Cafiero



Compendio de

El Capital

Carlo Cafiero fue uno de los militantes y pensadores básicos del movimiento libertario italiano e internacional.

Su amistad y relación directa con Bakunin y Malatesta han hecho de él, aparte de los indudables méritos de su vida y obra, uno de los clásicos del anarquismo.

Hemos querido recuperar el título original del texto de Cafiero, habida cuenta que el título en la versión española de Júcar, *El Capital al alcance de todos*, parecía, a nuestro entender, sugerir una fórmula para hacerse capitalista en poco tiempo. Nuestro ya fallecido compañero Nacho Cabañas, solía satirizar al capitalismo más “cañí” como aquel que preconizaba una sociedad de “todos capitalistas”. Invierta en esto; compre acciones de tal o cual; hágase rico en... Es decir, un capitalismo sin proletariado (?)

Como el tema del marxismo se encuentra eternamente en revisión profunda por parte de las tendencias anarcomarxistas, este libro se convierte así, en un instrumento de pensamiento muy útil para aclarar posturas aparentemente irreconciliables desde perspectivas dogmáticas y estrechas, incapaces de desprenderse de prejuicios históricos, que resultan imprescindibles superar para suprimir las disensiones que fragmentan el movimiento obrero revolucionario de estos tiempos de penuria.

Biblioteca
Júcar
de
política

volumen normal



Desarrollo de la tesis bakuninista, según la cual, el pensamiento de la escuela «autoritaria» marxista puede ser compatible con el pensamiento filosófico del anarquismo.

Carlo Cafiero

EL CAPITAL

**AL ALCANCE
DE TODOS**

Carlo Cafiero

COMPENDIO DE *EL CAPITAL*

Traducción: Eloy Muñiz

Cubierta original: J. M. Domínguez

BIBLIOTECA JÚCAR

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN. Carlos Díaz

PRÓLOGO. James Guillaume

PREFACIO

I. MERCANCIA, MONEDA, RIQUEZA Y CAPITAL

II. COMO NACE EL CAPITAL

III. LA JORNADA DE TRABAJO

IV. LA PLUSVALÍA RELATIVA

V. COOPERACIÓN

VI. DIVISIÓN DEL TRABAJO Y MANUFACTURA

VII. MÁQUINAS Y GRAN INDUSTRIA

VIII. EL SALARIO

IX. LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL

X. LA ACUMULACIÓN PRIMITIVA

CONCLUSIÓN

PRESENTACIÓN

Estamos con Cafiero

Tenemos mucho que aprender de Carlo Cafiero, quien es sabido acabó sus días enajenado mentalmente. O loco, si se prefiere. Fue, en primer lugar, un loco generoso, un Quijote, que puso su carrera universitaria, su fortuna personal y su voluntad al servicio de la clase obrera. Pero además nunca incordi6. Sus relaciones fueron cordiales, dentro de la discrepancia. Hasta el 6ltimo momento tuvo la generosidad suficiente como para no renegar de Marx siendo disc6pulo de Bakunin. Por fin, su locura fue sint6tica: busc6 lo mejor de ambos sistemas siempre.

Carlo Cafiero nos parece, sin embargo, consecuente. Consecuente con la admiraci6n que siempre sintiera Bakunin respecto a Marx en el terreno intelectual. Porque, 6c6mo olvidar esa admiraci6n? Bakunin escribe a Marx desde Ginebra el 22 de diciembre de 1868: «M6s que nunca, querido Marx, soy tu amigo, porque mejor que nunca he llegado a comprender cu6nta raz6n ten6as al seguir la gran ruta de la revoluci6n econ6mica, al invitarnos a seguir por ella, y al denigrar de aquellos que entre nosotros iban a perderse en el sendero de empresas

nacionalistas o exclusivamente políticas. Ahora hago yo lo que tú comenzaste a hacer hace ya más de veinte años. Tras los adioses solemnes y públicos que he dirigido a los burgueses del Congreso de Berna, no conozco ya ninguna otra sociedad, ningún otro medio que el mundo de los trabajadores. Mi patria ahora es la Internacional, de la que tú eres uno de los principales fundadores. Ya ves, pues, querido amigo, que soy tu discípulo y que estoy orgulloso de serlo.»

A quien desee penetrar en ésta no siempre conocida senda, le recomiendo vivamente los dos tomos del libro *Marx–Bakounine. Socialisme autoritaire ou libertaire*, de Georges Ribeill (Union Générale d'Éditions, París, 1975). Allí encontrará muchos aspectos de este discipulaje, dentro de las discrepancias y las críticas conocidas con que Bakunin fustigase a Marx.

No deseo ahora tampoco, en este breve prólogo, entrar en los detalles. Sólo apuntar que Bakunin estaba enamorado del «Manifiesto del Partido Comunista» que dio a conocer al público eslavo, y que, yendo más lejos en su ambición, incluso se puso a traducir *El Capital* de Marx al ruso, empresa que por muy diversas razones –temperamentales unas, coyunturales otras– no pudo concluir. Bakunin veneraba a Marx en el terreno intelectual, y aceptaba por lo tanto el grueso del materialismo histórico: las tesis del *Manifiesto* y las del *Capital*.

Naturalmente, las tesis propiamente «políticas» del marxismo las repudiaba Bakunin: el centralismo, el estatismo, fundamentalmente. Y, de modo adjetivo, la cuestión –sentimental– del germanismo, al que Bakunin contraponía el paneslavismo.

Aquí me interesa sólo resaltar que Carlo Cafiero, hijo espiritual de Bakunin hasta extremos increíbles, no podía proceder de otro modo que como su maestro en la cuestión de tratar de divulgar la economía marxista. Ojalá que la memoria húmeda de muchos anarquistas furibundos desaparezca, para que nunca más se digan las nefastas tonterías de que «Bakunin lo sabía todo, Marx se equivocó en todo». Porque si esto es así, entonces Bakunin mentía, y por derivación los propios sedicentes bakuninistas.

La cuestión, sin embargo, que ahora quiero replantear –y no es extraño que sea replanteada ahora– es ésta: ¿estaba en lo cierto Bakunin al proceder, como Carlo Cafiero, bajo la tutela de Marx?

Personalmente, creo que hay que distinguir. En este aspecto, me parece más sagaz Piotr Kropotkin; al menos, en este aspecto. En efecto, es absolutamente indiscutible que nadie como Marx destruyó los fundamentos de la economía política burguesa. En su crítica del capitalismo burgués y del modo de producción capitalista, nadie como Marx. Hizo bien Bakunin, hizo bien Cafiero en entregarse al genio de Marx.

Pero ¿fue Marx un modelo de la misma índole a la hora no de demoler lo ajeno, sino de proponer un modo de producción socialista libertario, un modo de producción de un hombre nuevo, en una sociedad nueva? Bakunin y Cafiero creyeron que sí; hoy se sabe que no.

Efectivamente, Marx razonaba así: si en el modo de producción capitalista no hay más remedio que perpetuar la opresión–explotación para mantener la «racionalidad» de ese sistema, una vez que haya desaparecido la propiedad privada de los medios de producción ya no quedará nada de la sociedad

anterior, y con los mismos procedimientos los resultados serán totalmente distintos. Dicho de otra manera: si la división social del trabajo era nefasta en la sociedad capitalista, la división social del trabajo será buena en la sociedad socialista. Aunque subsista la división manos negras–cuellos blancos, todo será de todos y el fruto del trabajo será compartido.

Esto es, sin embargo, un tributo pagado por Marx a su tiempo, no habiendo podido superar los esquemas en que le metió la propia sociedad burguesa de entonces. ¿De qué sirve la igualación económica, si hay trabajos creadores y trabajos innobles? ¿Cómo decir que todo se comparte, si no se comparte el trabajo embrutecedor? Esta es una de las mil muestras en las que Marx no pudo imaginar otro modo de producción que el capitalista.

Lo cierto es que Marx no entrevió una nueva forma de economía política donde la división social del trabajo fuese sustituida por una rotación laboral, por una descentralización de las fábricas ni de las relaciones políticas, ni por unos modelos más confederales de producción. Ni una palabra para una revolución ecológica donde el hombre y el hábitat marchasen unidos en una sociedad del ocio. En todo ello estuvo mucho más acertado el anarquista Piotr Kropotkin, cuya obra *Campos, fábricas y talleres* es una obra –aunque imperfecta– de un modelo nuevo de producción y de humanización del trabajo. Por esto, los ecólogos modernos –desde Bofill en España– y los etólogos contemporáneos –desde Eib–Eibesfeldt– vuelven a tesis libertarias en orden al modo de producción capitalista. Zoólogos como Rodríguez de la Fuente entre nosotros se declaran kropotkinianos, y en París el «voto verde» arranca más adhesiones que los esquemas marxistas–leninistas. Cuando el

hombre se ve abocado a su destrucción, comprende que no basta repartir mejor el producto, sino producir por medios humanos. Y en esto Marx no acertó, por lo que Bakunin–Cafiero cometieron un apresurado error aquiescente al seguir al fundador del marxismo. Dicho esto sin el menor descrédito para Marx, pues en cierto sentido todos somos marxistas, todos le debemos gran deuda.

Por lo demás, ha sido Herbert Marcuse el que, en nuestros días, puso primero el dedo en la llaga al pretender llevar el principio de realidad más cerca del principio del placer, y a partir de ahí el trabajo de los consejistas (anarco–marxistas) como el de Cornelius Castoriaris (Paul Cardan, Pierre Chaulieu, etc.) ha sido constante. Si para Marx el reino de la libertad sólo comenzaba cuando se dejaba de trabajar, para lo cual era imprescindible la reducción de la jornada laboral, para nosotros hoy tal juicio no vale. La libertad no se debe buscar fuera del reino de la propia producción material. La producción material ha de convertirse, mediante un nuevo modo de producción, en libertad. Ocio y negocio son para una mentalidad libertaria inseparables. La humanización, la rotación y la democracia del trabajo son elementos imprescindibles que hay que estudiar científicamente. Y esto no está contenido en los tomos de *El Capital*.

Si hoy queremos dar a conocer una nueva economía política, en suma, no podemos contentarnos en resumir las tesis de *El Capital*. Pero para poder superar *El Capital* hace falta conocerlo. En este sentido, y aun quedándose a medio camino, la obra de Bakunin así como la de Cafiero ha sido meritoria. Nos contentaríamos con llevar a ese medio camino a centenares de libertarios españoles que aún repiten, con una ignorancia

estremecedora, que «todo lo que hizo Marx fue un error». Y para eso, nada mejor que dejar entrar «el caballo de Troya» de *El Capital* en la fortaleza libertaria, de la mano de caballero tan generoso como Carlo Cafiero.

Pero no temamos: «La Guerra de Troya no tendrá lugar», como diría el escritor francés. Son otras nuestras batallas.

Carlos Díaz

PRÓLOGO

Carlo Cafiero nació en Barletta, ciudad del antiguo reino de Nápoles, sobre el Adriático, en septiembre de 1846. Murió en Nocera el 7 de junio de 1892, a los cuarenta y cinco años de edad.

Perteneciente a una familia rica y muy adicta a la Iglesia, recibió su primera educación en el seminario de Molfetta; tuvo allí por condiscípulo a Emilio Covelli, quien más tarde debía combatir a su lado en las filas de los socialistas revolucionarios. Fue enviado después a Nápoles para estudiar allí el Derecho. Cuando hubo obtenido sus diplomas, se trasladó a Florencia, capital entonces del reino de Italia: destinábasele a la carrera diplomática, y durante algún tiempo frecuentó los círculos políticos y parlamentarios. Pero lo que vio en aquel mundo no tardó en inspirarle repugnancia, y algunos viajes al extranjero, emprendidos después, dieron a sus ideas una nueva dirección. En 1870, visitó París y Londres; en esta última ciudad, donde permaneció alrededor de un año, entró en relaciones con miembros del Consejo general de la Internacional y en particular con Carlos Marx. En 1871, de regreso a Italia, llegó a ser miembro de la Sección internacional de Nápoles. Esta Sección, fundada en 1868, había sido disuelta por un decreto ministerial de 14 de

agosto de 1871, pero se reconstituyó por iniciativa de Giuseppe Fanelli, el viejo conspirador, antiguo compañero de armas de Pisacane, y de algunos jóvenes, Carmelo Palladino, Errico Malatesta, Emilio Covelli, a los cuales se asoció. Cafiero fue encargado de la correspondencia con el Consejo general de Londres, y comenzó un intercambio regular de cartas con Fr. Engels, secretario entonces del Consejo general para Italia y para España.

Era el momento en que, por su resonante polémica contra Mazzini, que acababa de atacar a la Comuna de París, Miguel Bakunin ganaba al socialismo la parte más avanzada de la juventud revolucionaria italiana y la alistaba en las filas de la Internacional. Era también el momento en que las resoluciones de la Conferencia de Londres (septiembre de 1871) acababan de provocar en la gran Asociación esas luchas intestinas que iban a llevar, primeramente a un triunfo momentáneo del partido autoritario en el Congreso de la Haya (1872), y luego, una vez que las intrigas de la camarilla dirigente hubieron sido descubiertas, al triunfo definitivo de las ideas federalistas y a la supresión del Consejo general (1873). Cafiero, engañado sobre el estado verdadero de las cosas por las cartas de Engels, habíase puesto de parte en un principio de los hombres de Londres: pero pronto fue desengañado: su buen sentido le hizo reconocer la verdad, su rectitud se rebeló por las maniobras jesuíticas empleadas contra Bakunin, y entonces declaróse resueltamente adversario del Consejo general. Fue él quien presidió la Conferencia (o Congreso) de Rimini (4 de agosto de 1872), donde se fundó la Federación italiana de la Internacional y donde se votó la famosa resolución declarando que «la Federación italiana rompía toda solidaridad con el Congreso general de Londres, afirmando aún más la solidaridad económica con todos los trabajadores». Los

internacionalistas italianos no quisieron enviar delegados al Congreso de la Haya, pero Cafiero asistió a él como espectador y pudo comprobar allí los procedimientos desleales que empleaban los hombres de la camarilla autoritaria con respecto a sus contradictores. Después con Fanelli, Pezza, Malatesta y Costa representó a la Federación italiana en el Congreso internacional de Saint-Imier que siguió inmediatamente al Congreso de la Haya.

En marzo de 1873, habiéndose trasladado a Bolonia para el segundo Congreso de la Federación italiana, fue detenido con Malatesta, Costa, Faggioli y otros varios, y no fue puesto en libertad hasta mayo. Fue aquel año cuando, habiendo entrado en posesión de la parte que le correspondía de la herencia de sus padres, concibió el proyecto de crear en Suiza, en la proximidad de la frontera italiana, una casa de refugio donde podrían ampararse los internacionalistas proscritos por los gobiernos. Compró a este efecto una villa llamada la Baronata, sobre el lago Mayor, cerca de Locarno (Tessin); en esta villa instaló, para comenzar, a Bakunin y a algunos otros amigos rusos e italianos. Pero esta empresa, mal concebida y mal ejecutada, fue una verdadera dilapidación de la fortuna del generoso e ingenuo revolucionario. En el mes de julio de 1874, Cafiero se hallaba casi arruinado. Empleó los restos de su patrimonio en los preparativos de los movimientos insurreccionales que estallaron en Italia en agosto de 1874.

Durante el año que siguió, confinado en la soledad de la Baronata¹ llevó una vida de anacoreta con su mujer Olyntpia Koutouzov, con la cual se había casado en San Petersburgo en

¹ Se hallará la historia detallada de la Baronata en el tomo III de *La Internacional, Documentos y Recuerdos*, por James Guillaume, París, Stock, 1909.

junio de 1874; después (octubre de 1875) entró como empleado en casa de un fotógrafo de Milán, mientras que su compañera volvía a Rusia para dedicarse allí a la propaganda socialista y allí fue detenida a principios de 1881 y desterrada a Siberia.

Desde Milán, Cafiero se trasladó a Roma en 1876. Delegado en el tercer Congreso de la Federación italiana –que no pudo reunirse en Florencia como había sido proyectado, y, para escapar a las persecuciones gubernamentales, tuvo que celebrar sus sesiones en un lugar retirado del Apenino toscano (21–22 de octubre de 1876)–, fue enviado por ese Congreso, con Malatesta, a Berna, para representar allí a Italia en el octavo Congreso general de la Internacional (26–29 de octubre de 1876), Durante el invierno de 1876 a 1877, que pasó en Nápoles, se ocupó, con Malatesta y algunos otros, entre ellos el revolucionario ruso Kraftchinsky (conocido luego bajo el seudónimo de Stepniak), de la organización de un movimiento insurreccional que debía estallar en la Italia meridional a comienzos del verano de 1877. Una traición obligó a los internacionalistas italianos a precipitar las cosas: aun cuando la organización no estuviera terminada y la estación fuese mala todavía, algunos de ellos tomaron las armas. Conocida es la historia de esta arriesgada expedición (5–11 de abril de 1877): comenzada en San Lupo, cerca de Cerreto (provincia de Benevento), terminó, después de la ocupación momentánea de los dos municipios de Letino y de Gallo (provincia de Caserta), con la detención, en las pendientes del Monte Matese, del puñado de heroicos jóvenes que, con Cafiero, Malatesta y Cesare Ceccarelli, habían intentado sublevar a los campesinos de la Campania y del Samnio.

Difícilmente se creará hoy que en el momento en que Cafiero y sus amigos eran encerrados en las cárceles del gobierno italiano

a causa de su generosa tentativa, insultadores que se decían socialistas les cubrieron de ultrajes. Julio Guesde, colaborador entonces del *Radical*, de París, les encarneció en las columnas de este periódico, llamándoles «los fugitivos de Cerreto», y tratando de hacer creer que la gran mayoría de los socialistas italianos repudiaban toda solidaridad con ellos. El *Vorwärts*, órgano central del Partido de la Sozial-Demokratie de Alemania, pretendió que la insurrección nada tenía de común con la internacional, y que los sublevados eran «simples malhechores» (einfaches Raubgesindel). Un periódico de Palermo, el *Povero*, en el cual escribía Malón, se distinguió por su lenguaje ignominioso contra nuestros amigos. Malón envió además al *Mirabeau*, de Verviers, una correspondencia calumniosa a la cual respondió Andrea Costa, indignado, tomando enérgicamente la defensa de sus camaradas encarcelados. En fin, en la *Tagwacht*, de Zurich, órgano del Schweizerischer Arbeiterbund, Hermann Greulich insinuó que Cafiero, Malatesta y sus compañeros eran «agentes provocadores», e hizo un acercamiento entre los internacionalistas italianos y los blusas blancas del Imperio.

En tanto que esta Prensa, en la que escribían sectarios ruines o ciegos, le arrojaba cieno, Cafiero emprendió en su prisión, para sus camaradas italianos, la redacción de un compendio del Capital de Marx que nadie conocía aún en Italia. Cafiero, como todos los socialistas revolucionarios italianos y españoles, como la mayor parte de los socialistas de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de Holanda, de la Suiza francesa, de Rusia y de América, había luchado contra el espíritu autoritario de Carlos Marx, y habíase negado a dejar que se estableciera en la Internacional la dictadura de un hombre. Pero rendía homenaje a la ciencia del pensador alemán, y hubiera refrendado sin duda estas palabras escritas por Bakunin a Herzen en octubre de 1869: «No podría

desconocer los inmensos servicios prestados por Marx a la causa del socialismo, al cual sirve con inteligencia, energía y sinceridad desde hace cerca de veinticinco años y en lo cual nos ha sobrepasado a todos indudablemente. Ha sido uno de los primeros fundadores, y el principal, sin duda, de la Internacional, y esto es, a mis ojos, un mérito enorme, que reconoceré siempre, fuere cual fuere lo que haya hecho contra nosotros.» Bakunin y Cafiero tenían el corazón muy alto para permitir que los agravios personales tuvieran influjo sobre el espíritu en la serena región de las ideas. Y tanto es así que ocurrió que la primera traducción rusa del Manifiesto comunista, de Marx y de Engels, fue hecha por Bakunin en diciembre de 1869 (sabido es que la desdichada intervención de Netchaief le impidió continuarla); y que fue Cafiero quien primero emprendió, en 1877, el dar a conocer a Italia la gran obra de Marx.

El *Compendio de El Capital* ocupó a Cafiero durante el invierno 1877–1878; en el mes de marzo de 1878 su trabajo estaba concluido. En agosto de 1878, el veredicto del jurado de la Audiencia de Benevento devolvió a la libertad a los sublevados de la «banda del Matese», y en 1879 el opúsculo de Cafiero era publicado en Milán, en la Biblioteca socialista (C. Bignami e C.), de la cual forma el tomo V.

Sabido es que los últimos años de Cafiero fueron un doloroso martirio. Su razón habíase extraviado. Su valerosa mujer, evadida de Siberia en 1883, se trasladó a Italia y le cuidó (1886) con una abnegación que resultó impotente. Sus hermanos, a su vez, le recibieron en la casa paterna, en Barletta (1889), para tratar de curarle; pero hubo que reconocer finalmente que el mal era incurable. He tenido en las manos las cartas que el médico que le asistió desde 1890 hasta el fin escribió a Madame Olympia

Cafiero Koutouzov, vuelta entonces a Rusia, el 4 de julio de 1890 para describirle el estado del pobre enfermo, y el 5 de noviembre de 1892 para referirle sus últimos momentos; resulta de la última carta que Carlos Cafiero sucumbió a una tuberculosis intestinal. Soportó su triste situación sin proferir nunca una queja. «Siempre que le preguntaba cómo se encontraba –escribe el médico–, me respondía invariablemente con su tranquila dulzura: No sufro, doctor.»

* * *

He pensado que el Compendio de Cafiero, escrito de manera popular, sin ningún aparato científico, y dando sin embargo lo esencial del contenido de *El Capital* (es decir, del volumen aparecido en 1867, el único que ha sido publicado por el propio Marx), podría prestar servicio a aquellos lectores que no disponen de tiempo para estudiar el libro y que querrían, no obstante, tener una idea de lo que se halla en él. En efecto, Cafiero ha resumido con mucha exactitud y en sencillo estilo, la parte teórica; su lúcido análisis que no se detiene en las sutilezas, introduce la claridad en la dialéctica oscura y, con frecuencia desagradable, del original. Evitando las abstracciones, se ha consagrado a poner de relieve, como era de esperar por parte suya, el alcance revolucionario de una obra en la cual veía ante todo una admirable arma de guerra, y, dando un amplio espacio a la parte histórica, así como a la descripción de las miserias del proletariado de la Gran Bretaña, ha sabido elegir de manera sensata, en el vasto arsenal de hechos en el cual tenía que

abreviar, las citas más instructivas y las más sorprendentes. Todo el que haya leído con atención las cien páginas y pico de este pequeño volumen, se habrá asimilado lo mejor de las ochocientas páginas del grueso libro alemán.

Cafiero se ha servido de la traducción francesa de J. Roy; ha tomado sus citas de esta traducción y a ella se refieren las indicaciones de páginas puestas en las notas, Al confrontar esta versión con el original alemán, ha advertido que con frecuencia el traductor no había cerrado el texto por completo y que también a veces había cometido contrasentidos; por consiguiente, en lugar de transcribir simplemente la versión francesa, la he retocado allí donde esto me ha parecido necesario, es decir, allí donde las diferencias entre la traducción francesa y el original alemán no provenían de las modificaciones que el propio Marx ha hecho, como se sabe, en su texto primitivo con ocasión de la traducción de J, Roy,

J. Guillaume

PREFACIO

Me ha embargado un profundo sentimiento de tristeza, al estudiar *El Capital*, pensando que este libro era y seguiría siendo completamente desconocido en Italia quién sabe por cuánto tiempo.

Mas si así ocurre, me dije yo después, esto quiere decir que mi deber consiste precisamente en dedicarme con todas mis fuerzas a que no siga sucediendo así. Y ¿qué hacer? ¿Una traducción? ¡Ah, no! Esto no serviría para nada. Los que se hallan en estado de comprender la obra de Marx tal como él la ha escrito conocen ciertamente el francés y pueden recurrir a la hermosa traducción de J. Roy, totalmente revisada por el autor, quien lo ha declarado digna de ser consultada incluso por los que conocen la lengua alemana. Es para otra clase de personas muy distinta para la que debo trabajar. Se dividen en tres categorías: la primera se compone de trabajadores que tienen inteligencia y cierto grado de instrucción; la segunda, de jóvenes salidos de la burguesía, que han abrazado la causa del trabajo, pero que no poseen sin embargo ni un bagaje de estudios ni un desarrollo intelectual suficientes para comprender *El Capital* en su texto original, y la

tercera, en fin, de esa juventud de las escuelas, de corazón virgen todavía, que puede compararse a un hermoso semillero de plantas aun tiernas, pero que producirán los mejores frutos si son trasplantados a un terreno propicio. Mi trabajo debe ser, por tanto, un Compendio fácil y corto del libro de Marx.

Este libro representa la verdad nueva que demuele, que despedaza y dispersa al viento todo un edificio secular de errores y de falsedades. Es toda una guerra. Una guerra gloriosa, por razón de la potencia del enemigo, y de la potencia mayor aun del capitán que la ha emprendido con una cantidad tan grande de armas flamantes, de instrumentos y de máquinas de toda suerte, que su genio ha sabido extraer de todas las ciencias modernas.

Mi labor es mucho más restringida y modesta. Tengo que guiar tan sólo a un grupo de adeptos solícitos, por el camino más fácil y seguro, al templo del capital, y demoler a ese dios para que todos puedan ver con sus ojos y tocar con sus manos los elementos de que se compone, y arrancar las vestiduras de sus sacerdotes a fin de que todos puedan ver las manchas de sangre humana que las mancillan y las armas crueles con las cuales inmolan diariamente un número de víctimas que crece incesantemente.

Me pongo a la obra con este propósito. Que Marx pueda, sin embargo, cumplir su promesa, dándonos el segundo volumen del Capital, que tratará de la Circulación del capital (libro II), y de las Diversas formas que reviste en el curso de su desarrollo (libro III), así como el tercero y último volumen que expondrá (libro IV) la Historia de la teoría.

Este primer libro del Capital, escrito originariamente en

alemán, y traducido al ruso y al francés, se halla ahora resumido sucintamente en italiano en interés de la causa del trabajo. Que los trabajadores lo lean y mediten con atención, pues no contiene solamente la historia del Desarrollo de la producción capitalista, sino también el Martirologio del trabajador.

Y, al terminar, haré llamamiento también a una clase que se halla altamente interesada en el hecho de la acumulación capitalista, a la clase de pequeños propietarios. ¿Cómo es que esta clase, tan numerosa hasta hace poco en Italia, va hoy disminuyendo cada día más? La razón de esto es sencillísima. Es que Italia, a partir de 1860, ha comenzado a recorrer con un paso más acelerado el camino que deben recorrer necesariamente todas las naciones modernas; el camino que lleva a la acumulación capitalista, la cual ha logrado en Inglaterra esa forma clásica que tiende a lograr en Italia como en todos los demás países modernos. Que los pequeños propietarios mediten sobre las páginas de la historia de Inglaterra referidas en este libro; que mediten acerca de la acumulación capitalista, acrecida en Italia por las usurpaciones de los grandes propietarios y por la liquidación de los bienes eclesiásticos y de los bienes patrimoniales; que sacudan el embotamiento que pesa sobre su espíritu y sobre su corazón, y que se persuadan de una vez de que su causa es la causa de los trabajadores, pues todos serán reducidos inevitablemente, por la acumulación capitalista moderna, a esta triste alternativa: o venderse al Gobierno para tener pan o desaparecer para siempre en las compactas filas del proletariado.

C. C.

I. MERCANCIA, MONEDA, RIQUEZA Y CAPITAL

La mercancía es un objeto que tiene dos clases de valor: el valor de uso y el valor de cambio o valor propiamente dicho. Si yo poseo, por ejemplo, 20 kilogramos de café, puedo consumirlos para mi propio uso o bien cambiarlos contra 20 metros de tela, o contra un vestido o contra 250 gramos de dinero, si, en lugar de café, tengo necesidad de una o de otra de estas mercancías.

El valor de uso de la mercancía se halla fundado en las cualidades propias de esta mercancía, la cual, en virtud de sus cualidades, hállase destinada a satisfacer tal de nuestras necesidades y no tal otra. El valor de uso de 20 kilogramos de café está fundado sobre las cualidades que el café posee: cualidades que le hacen apto para proporcionarnos el brebaje que todos conocemos, pero no le hacen capaz de vestirnos ni de servirnos de materia para una camisa. Por esta razón, no podemos obtener beneficio del valor de uso de los 20 kilogramos de café más que si sentimos la necesidad de beber café; pero si, por el contrario, tenemos necesidad de una camisa o de un vestido, no sabemos qué hacer del valor de uso de los 20 kilogramos de café, o, mejor

dicho, no sabríamos qué hacer de ello si, al lado del valor uso, no existiese, en la mercancía, el valor de intercambio. Ocurre que encontramos a otra persona, que posee un vestido, pero que no tiene necesidad de él, y que, por el contrario, tiene necesidad de café. Entonces hácese en seguida un cambio. Nosotros le damos los 20 kilogramos de café y ella nos da el vestido.

Pero ¿cómo se hace para que las mercancías, aun cuando todas difieren entre sí por sus diversas cualidades, es decir, por su valor de uso, pueden sin embargo cambiarse todas entre sí en proporciones determinadas?

Ya lo hemos dicho. Es porque, al lado del valor uso, existe en la mercancía el valor de cambio. Ahora bien, la base del valor de cambio, o valor propiamente dicho, es el trabajo humano necesario para la producción. La mercancía es procreada por el trabajador; el trabajo humano es la substancia generadora que le da existencia. Por lo tanto, todas las mercancías, aun cuando difieren entre sí por sus cualidades, son perfectamente idénticas en su substancia porque, hijos de un mismo padre, tienen todas la misma sangre en sus venas. Si los 20 kilogramos de café se cambian por un vestido o por 10 metros de tela, es precisamente porque, para producir 20 kilogramos de café, es necesaria la misma cantidad de trabajo humano que se requiere para producir un vestido o 20 metros de tela. La substancia del valor es, por tanto, el trabajo humano, y la grandeza del valor está determinada por la grandeza de ese trabajo humano. La substancia del valor es la misma en todas las mercancías: por consiguiente, tan sólo hay que igualar su grandeza para que las mercancías sean, como expresiones del valor, todas iguales entre sí, es decir, todas permutables unas por otras.

La grandeza del valor depende de la grandeza del trabajo: en doce horas de trabajo se produce un valor doble del que se produce solamente en seis horas. Por tanto, dirá quizá alguno: cuanto más lento es un obrero para trabajar, por falta de habilidad o por pereza, más valor produce. Nada más inexacto. El trabajo que forma la substancia del valor no es el trabajo de Pedro o de Pablo, sino un trabajo mediano, que es siempre igual y que se llama propiamente trabajo social. Es éste el trabajo que, en un centro de producción determinado, puede ser efectuado por término medio por un obrero trabajando con una habilidad mediana y con una intensidad mediana también.

Conociendo el doble carácter de la mercancía de ser a la vez un valor de uso y un valor de intercambio, se comprenderá que la mercancía no pueda nacer sino mediante la realización del trabajo y de un trabajo útil a todos. El aire, por ejemplo, los campos naturales, la tierra virgen, etc., son útiles al hombre, pero no constituyen para él un valor porque no son mercancías. Por otra parte, podemos fabricar para nuestro propio uso objetos que no podrían ser útiles a otros; en este caso no producimos mercancías, y producimos menos aun cuando trabajamos en fabricar objetos que no tienen utilidad alguna ni para nosotros ni para los demás.

Por consiguiente, las mercancías se cambian entre sí; es decir, que cada una se presenta como equivalente de la otra. Para mayor comodidad de los intercambios, conviene servirse siempre, como equivalente, de cierta mercancía determinada; ésta se sale, por ende, del rango de todas las demás para situarse con respecto a ellas como equivalente general, esto es, como moneda. La moneda es, pues, la mercancía que, por la costumbre o por la sanción legal, ha monopolizado la función de equivalente

general. Esto es lo que ha ocurrido entre nosotros con el dinero. Mientras que, primitivamente, 20 kilogramos de café, un vestido, 20 metros de tela y 250 gramos de plata eran cuatro mercancías que se canjeaban indistintamente entre sí, hoy se dirá que 20 kilogramos de café, 20 metros de tela y un vestido son tres mercancías que valen cada una 250 gramos de plata, es decir, 50 francos.

Pero ya sea que el canje se haga inmediatamente de una mercancía por otra o bien sea que se haga por intermedio de la moneda, la ley del cambio sigue siendo siempre la misma. Una mercancía no puede cambiarse nunca por otra si sus valores de cambio no son iguales y si el trabajo necesario para producir una no es igual al trabajo necesario para producir la otra. Hay que tener bien en cuenta esta ley, porque se funda sobre ella todo lo que habremos de decir a continuación.

Una vez aparecida la moneda, cesan los intercambios directos, o inmediatos, de mercancías por mercancía. En lo sucesivo, los intercambios tienen que hacerse todos por intermedio de la moneda; de suerte que una mercancía que quiere transformarse en otra tiene que transformarse primeramente de mercancía en moneda y luego de moneda volver a transformarse en mercancía. Por tanto, la fórmula de los cambios no será ya una cadena continua de mercancías, sino una cadena alterna de mercancías y de moneda. Hela aquí:

Mercancía – Moneda – Mercancía – Moneda –

Mercancía – Moneda

Ahora bien, si en esta fórmula hallamos indicado el círculo que

recorre la mercancía en sus transformaciones sucesivas, hallamos indicado también el círculo recorrido por la moneda. Y de esta fórmula extraeremos la fórmula del capital.

Cuando nos hallamos en posesión de cierta acumulación de mercancías o de moneda, lo que es la misma cosa, somos poseedores de cierta riqueza. Si podemos hacer formar un cuerpo a esta riqueza, eso es, un organismo capaz de desarrollarse, tendremos el capital. Formar un cuerpo o un organismo capaz de desarrollar quiere decir nacer y crecer; y, en efecto, la esencia del capital radica precisamente sobre la posibilidad de lograr que la moneda prolifiqué.

La solución del problema: hallar el medio de hacer nacer el capital, depende de la solución de este otro problema; hallar el medio de lograr dinero de las cosas pequeñas, o mejor dicho, hallar el medio de hacer aumentar el dinero progresivamente.

En la fórmula que indica el círculo recorrido por las mercancías y de la moneda, añadamos, al término moneda, un signo que indica un aumento progresivo; expresándolo, por ejemplo, por una cifra, tendremos:

Moneda – Mercancía – Moneda 1 – Mercancía – Moneda 2 –
Mercancía – Moneda 3

He aquí la fórmula del capital.

II. COMO NACE EL CAPITAL

Examinando atentamente la fórmula del capital, se comprueba que en último análisis la cuestión del nacimiento del capital se reduce a esto: hallar una mercancía que produzca más de lo que ha costado: hallar una mercancía que, en nuestras manos, pueda acrecentar en valor, de suerte que al venderla recibamos más dinero del que hemos desembolsado para comprarla. Es necesario que sea, en una palabra, una mercancía elástica, que, en nuestras manos, estirada un tanto, pueda aumentar el volumen de su valor. Esta mercancía tan singular existe realmente y se llama potencia de trabajo o fuerza de trabajo.

Aquí tenemos al hombre de los escudos, el hombre que posee una acumulación de riqueza de la cual quiere hacer nacer un capital. Se dirige al mercado en busca de fuerza de trabajo. Sigámosle. Se pasea por el mercado y se encuentra en él con el trabajador que también ha ido allí para vender la única mercancía que posee, su fuerza de trabajo. Pero el proletario no vende esta fuerza en bloque, no la vende por entero; la vende sólo en parte, por un tiempo determinado, por un día, por una semana, por un mes, etc. Si la vendiese por completo, entonces de comerciante

se convertiría en una mercancía y no sería ya asalariado, sino el esclavo de su patrono.

El precio de la fuerza de trabajo se calcula de la manera siguiente. Tómese el precio de los alimentos, de los vestidos, de la vivienda y de todo lo que es necesario al trabajador, en un año, para mantener constantemente su fuerza de trabajo en su estado normal; añádase a esta primera suma el precio de todo lo que necesita el trabajador en un año para procrear, criar y educar, según su condición, a sus hijos; divídase el total por 365, número de los días del año, y se tendrá la cifra de lo que es necesario, cada día, para mantener la fuerza de trabajo: se obtendrá el precio diario que es el salario diario del trabajador. Si se hace entrar también en este cálculo lo que es necesario al trabajador para procrear, criar y educar a sus hijos, es porque estos son el prolongamiento de su fuerza de trabajo. Si el proletario vendiera su fuerza de trabajo no de manera parcial, sino totalmente, entonces, convertido él mismo en una mercancía, es decir, en el esclavo de su patrono, los hijos que procrease serían también una mercancía, esto es, como él, los esclavos del patrono; pero no enajenando el proletario sino una fracción de su fuerza de trabajo, tiene derecho a conservar todo lo demás, de lo cual se halla parte en sí mismo y parte en sus hijos.

Por medio de este cálculo obtenemos el precio exacto de la fuerza de trabajo. La ley de los cambios, expuesta en el capítulo precedente, dice que una mercancía no puede cambiarse sino por otra del mismo valor, es decir, que una mercancía no puede cambiarse por otra si el trabajo necesario para producir una no es igual al trabajo necesario para producir la otra. Ahora bien, el trabajo necesario para producir la fuerza de trabajo es igual al

trabajo que se necesita para producir las cosas necesarias al trabajador y, por consiguiente, el valor de las cosas necesarias al trabajador es igual al valor de su fuerza de trabajo. Por lo tanto, si el trabajador tiene necesidad de tres pesetas por día para procurarse todas las cosas que le son precisas a él y a los suyos, es evidente que tres pesetas serán el precio de su fuerza de trabajo por un día.

Supongamos ahora que el salario diario de un obrero, calculado de la manera que acaba de indicarse, se eleva a tres pesetas. Supongamos, además, que en seis horas de trabajo puedan producirse quince gramos de plata que equivalen a tres pesetas.

El poseedor de plata ha concertado un contrato con el obrero, comprometiéndose a pagarle su fuerza de trabajo a su justo precio de tres pesetas por día. Es un burgués perfectamente honrado y aun religioso, y se guardaría muy bien de especular con la mercancía del obrero. No podrá reprochársele que el salario es pagado al obrero al final del día o de la semana, es decir, después que éste ha producido su trabajo, pues esto es lo que se practica también con respecto a otras mercancías cuyo valor se realiza con el uso, como por ejemplo el alquiler de una casa o de una finca, cuyo importe puede pagarse a la expiración del plazo.

Los elementos del trabajo son tres; primero la fuerza de trabajo; segundo, la materia prima del trabajo, y tercero, el medio de trabajo. Nuestro poseedor de dinero, después de haber comprado en el mercado la fuerza de trabajo, ha comprado también la materia prima del trabajo, o sea algodón; el medio de trabajo, es decir, el taller con todas las herramientas, hállase preparado, y, por consiguiente, no le falta ya más que ponerse

en camino para hacer comenzar en seguida la tarea. «En la fisonomía de los personajes de nuestro drama parece que se ha operado cierta transformación. El hombre de los escudos se adelanta y, en su calidad de capitalista, marcha el primero; el poseedor de la fuerza de trabajo le sigue detrás como su trabajador propio; aquél le mira con astucia, con aire importante y atareado. Éste, tímido, vacilante, reacio, como el que ha llevado su propia piel al mercado y no puede contar ya más que con una cosa: con ser curtido»².

Nuestros dos personajes llegan al taller donde el patrono se apresura a poner a su obrero al trabajo, y, como es hilandero, pone en las manos del obrero 10 kilogramos de algodón.

El trabajo se resume en un consumo de los elementos que le componen: consumo de la fuerza de trabajo, consumo de la materia prima y consumo de los medios de trabajo. El consumo de los medios de trabajo se calcula de la manera siguiente: de la suma del valor de todos los medios de trabajo, taller, útiles, caloríferos, carbón, etc., se sustrae la suma del valor de todos los materiales aun utilizables que puedan quedar de los medios de trabajo puestos fuera de uso por su empleo; se divide el resto así obtenido por el número de días que pueden durar los medios de trabajo y obtiéndose así la cifra del consumo diario de estos medios de trabajo.

Nuestro obrero trabaja durante toda una jornada de doce horas. Al cabo de esta jornada, ha convertido los 10 kilogramos

² Marx, traducción J. Roy, p. 75. Los pasajes extraídos textualmente de la obra de Marx serán puestos siempre entre comillas. Son tomados de la traducción de J. Roy, cuyo título es éste: “El Capital por Karl Marx, traducción de J. Roy, totalmente revisada por el autor”, París, editores Maurice Lachatre et C^{ie}, 38 boulevard de Sebastopol. (Nota de Cafiero.)

de algodón en 10 kilogramos de hilo que entrega a su patrono, y deja el taller para volver a su casa. Pero al ir caminando, con esa fea costumbre que tienen los obreros de querer hacer siempre las cuentas a espaldas de sus patronos, empieza a averiguar mentalmente lo que podía ganar su patrono con esos 10 kilogramos de hilo.

–No sé, en verdad, a cómo se paga el hilo –dícese a sí mismo–, pero la cuenta se saca en seguida. He visto el algodón cuando lo ha comprado en él mercado a 3 pesetas el kilogramo. El desgaste de todos los medios de trabajo puede representar una suma de 4 pesetas por día. Por tanto, tenemos:

Por 10 kilogramos de algodón	30 pesetas
Por desgaste de los medios de trabajo	4 »
Por salario de mi jornada	3 »
Total	37 pesetas

Los 10 kilogramos de hilo valen, por consiguiente, 37 pesetas. Ahora bien, el patrono no ha ganado nada realmente en el algodón, toda vez que lo ha pagado a su justo precio, ni un céntimo más y ni un céntimo menos; ha obrado de igual manera conmigo, pagando mi fuerza de trabajo a su justo precio de 3 pesetas por día; de consiguiente, no puede hallar su ganancia sino vendiendo su hilo a más de lo que vale. Es preciso en absoluto que ello sea así: de lo contrario, habría desembolsado 37 pesetas para recibir justamente 37 pesetas, sin contar el tiempo que ha perdido y el trabajo que se ha tomado. ¡He ahí cómo se hacen los patronos! Por más que quieran darse el aire

de honrados con el obrero al cual compran la fuerza de trabajo y con el comerciante del cual adquieren la materia prima, tienen siempre su lado flaco, y nosotros, los obreros, que conocemos las cosas del oficio, lo descubrimos en seguida. Mas vender una mercancía más cara de lo que vale es como vender con peso falso, lo cual está prohibido por la autoridad. Por lo tanto, si los obreros descubriesen los fraudes de los patronos, éstos serían obligados a cerrar sus talleres, y, para hacer producir las mercancías necesarias a las necesidades, abriríanse quizá grandes establecimientos gubernamentales, lo cual sería mucho mejor.

Haciéndose estos bellos razonamientos, el obrero ha llegado a su hogar, y allí, después de haber cenado, se ha ido a acostar y se ha dormido profundamente, soñando con la desaparición de los patronos y con la creación de los talleres nacionales.

Duerme, pobre amigo, duerme en paz en tanto te quede aún una esperanza. Duerme en paz, que el día de tu desilusión no tardará en llegar. Pronto sabrás cómo tu patrono puede vender su mercancía con beneficio y sin defraudar a nadie. El mismo te hará ver cómo se hace un capitalista, y gran capitalista, permaneciendo perfectamente honrado. Entonces tu sueño no será ya tranquilo. Verás en tus noches al capital, como un íncubo, que te oprime y amenaza con aplastarte. Con los ojos llenos de espanto, le verás crecer, como un monstruo de cien tentáculos que buscarán ávidamente los poros de tu cuerpo para chupar su sangre. Y le verás, en fin, adquirir proporciones desmesuradas y gigantescas, negro y terrible aspecto, con ojos y con boca de fuego; sus tentáculos se transformarán en enormes trompas aspirantes, en las cuales verás desaparecer a millares de seres humanos, hombres, mujeres y niños. Entonces por tu frente

mercado. Y el obrero nada tiene que replicar a esto. Ha recibido el precio justo de su mercancía; la ley de los cambios ha sido perfectamente observada y no tiene derecho a inmiscuirse en el uso que el comprador hará de la mercancía adquirida, no más que el tendero tiene derecho a inmiscuirse en el uso que su cliente haga de su azúcar o de su pimienta.

Hemos supuesto anteriormente que en seis horas de trabajo pueden producirse 15 gramos de plata, equivalentes a tres pesetas. Por tanto, si en seis horas la fuerza de trabajo produce un valor de 3 pesetas, en doce horas producirá un valor de seis. He aquí, pues, la cuenta que indica el valor de los 10 kilogramos de hilaturas:

Por 10 kilogramos de algodón, a 3 pesetas el kilo	30 pesetas
Por desgaste de los medios de trabajo	4 »
Por doce horas de fuerza de trabajo	6 »
Total	40 pesetas

El hombre de los escudos ha desembolsado, por consiguiente, 37 pesetas y ha obtenido una mercancía que vale 40 pesetas. Ha ganado así 3 pesetas y su dinero ha producido pequeños beneficios.

El problema está resuelto y el capital ha nacido.

III. LA JORNADA DE TRABAJO

Una vez nacido, el capital siente la necesidad de nutrirse para desarrollarse, y el capitalista, que no vive desde entonces más que de la vida del capital, se preocupa con solicitud de las necesidades de ese ser, convertido en su corazón y en su alma, y halla el medio de satisfacerlas.

El primer medio empleado por el capitalismo en interés de su capital es la prolongación de la jornada de trabajo. Evidentemente, la jornada tiene sus límites. En primer lugar, un día sólo se compone de veinticuatro horas; luego, de esas veinticuatro horas diarias, hay que deducir cierto número que el obrero debe emplear en satisfacer todas sus necesidades físicas y morales: dormir, alimentarse, reparar sus fuerzas, etc.

«Las variaciones posibles de la jornada de trabajo no exceden del círculo formado por los límites que imponen la Naturaleza y la sociedad. Pero esos límites son por sí mismos muy clásicos y dejan la mayor latitud. Por eso vemos jornadas de trabajo de diez, doce, catorce, dieciséis, dieciocho horas, es decir, que tienen las duraciones más diversas.

»El capitalismo ha comprado la fuerza de trabajo en su valor de una jornada. Ha adquirido, por tanto, el derecho de hacer trabajar durante todo un día al trabajador a su servicio. Pero ¿qué es un día de trabajo? En todos los casos, es algo menos largo que un día natural. ¿En cuánto? El capitalista tiene su manera de ver especial sobre ese límite necesario de la jornada de trabajo... El tiempo durante el cual trabaja el obrero es el tiempo durante el cual consume el capitalista la fuerza de trabajo que ha comprado. Si el asalariado consume para sí propio su tiempo disponible, roba al capitalista.

»El capitalista se apoya sobre la ley de intercambio de las mercancías. Procura obtener, como cualquier otro comprador, del valor de uso de su mercancía el mayor beneficio posible. Mas de repente se alza la voz del trabajador, que dice:

»La mercancía que te he vendido se distingue de la multitud de las demás mercancías en que su uso crea valor, un valor mayor que el que ha costado esta mercancía. Por esta razón la has comprado. Lo que parece para ti como una valoración de capital es para mí un exceso de desgaste de fuerza de trabajo. Tú y yo no conocemos en el mercado más que una sola ley, o sea, la del intercambio de las mercancías. El consumo de la mercancía pertenece no al vendedor que la cede, sino al comprador que la adquiere. A ti te pertenece, por tanto, el uso de mi fuerza de trabajo cotidiano. Pero es menester que mediante su precio de venta diaria yo pueda reproducirla todos los días para venderla de nuevo. Abstracción hecha del desgaste natural por la edad, etc., es necesario que yo quede capaz de trabajar mañana como hoy, en las mismas condiciones normales de fuerza, de salud del espíritu. Tú me predicas constantemente el evangelio del ahorro y de la abstinencia. ¡Muy bien! Como administrador razonable y

económico de mi única fortuna, la fuerza de trabajo, quiero economizarla y abstenerme de toda insensata prodigalidad. No quiero poner en movimiento ni convertir en trabajo todos los días, sino la cantidad compatible con su duración normal y su desarrollo regular. Mediante una prolongación desmesurada de la jornada de trabajo puedes, en un solo día, emplear una cantidad mayor de mi fuerza de trabajo que la que yo puedo reproducir en tres días. Lo que tú ganas así en trabajo lo pierdo yo en sustancia de trabajo. Por eso el uso de mi fuerza de trabajo' y el robo de esta fuerza son dos cosas distintas. Si el período medio de la vida de un obrero mediano sometido a una regla de trabajo razonable es de treinta años, y tú consumes en diez años mi fuerza de trabajo, no me pagas más que una tercera parte de su valor cotidiano y me robas todos los días las dos terceras partes de mi mercancía. Tú pagas una fuerza de trabajo de una jornada, en tanto que consumes una de tres jornadas. Pido, pues, una jornada de trabajo de duración normal, y la pido sin hacer llamamiento a tu corazón, pues en los asuntos de dinero el sentimiento no tiene sitio. Tú puedes ser un burgués modelo, miembro quizá de la Sociedad Protectora de Animales, y, por encima del mercado, estar en olor de santidad, pero la cosa que representa con respecto a mí carece de corazón que palpita en tu pecho. Lo que parece palpar en él son los latidos de mi propio corazón. Reclamo la jornada normal de trabajo, porque reclamo el valor de mi mercancía, como cualquier otro vendedor.

«Como se ve, hecha abstracción de límites muy clásicos, no existe nada, en la naturaleza propia de la ley de intercambio de las mercancías que imponga un límite a la jornada de trabajo, y, por consiguiente, un límite al exceso de trabajo. El capitalista no hace sino ejercer su derecho de comprador cuando procura prolongar lo más posible la duración de la jornada de trabajo y

cuando de una jornada de trabajo trata de hacer dos. Por otra parte, la naturaleza especial de la mercancía vendida impone límites a su consumo para el comprador, y el obrero no hace más que ejercer su derecho como vendedor cuando quiere restringir la jornada de trabajo a una duración normal determinada. Por lo tanto, existe aquí una antinomia, derecho contra derecho, llevando uno y otro por igual el sello de la ley que regula el intercambio de las mercancías. Entre dos derechos iguales quien decide es la fuerza»³.

De qué modo obra la fuerza que hoy pertenece al capital por entero y funciona a su servicio, lo dirán los hechos que vamos a exponer. Los hechos citados en este libro son tomados todos de Inglaterra: en primer lugar, porque es el país en que la producción capitalista ha alcanzado su máximo de desarrollo, máximo hacia el cual, por lo demás, tienden todos los países civilizados; y, en segundo lugar, porque tan sólo en Inglaterra es donde existe un material conveniente de documentos concernientes a las condiciones de trabajo, reunidos mediante los trabajos de Comisiones gubernamentales regulares. Los modestos límites de este Compendio no permitirán, empero, más que la reproducción de una pequeña parte tan sólo de los ricos materiales recogidos en la obra de Marx.

He aquí algunos hechos tomados de las encuestas efectuadas en 1860 y en 1863 en la industria cerámica. W. Wood, de nueve años de edad, tenía siete años y diez meses cuando comenzó a

3 Marx, páginas 100–101. Los pasajes puestos entre comillas son la reunión de frases aisladas del *Capital*, que han sido aproximadas unas a otras y enlazadas, o bien fragmentos de un pasaje más extenso. Naturalmente, en este trabajo de reunión y de separación, ha sido necesario añadir con frecuencia algunas palabras al texto. Es conveniente que el lector lo tenga en cuenta. (Nota de Cafiero.)

trabajar. Trabajaba todos los días de la semana desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, o sea, quince horas por día. J. Murray, de doce años, trabajaba en llevar los moldes y dar vueltas a la rueda. Comenzaba a trabajar a las seis, y algunas veces, a las cuatro de la mañana, y su trabajo se prolongaba, a veces, hasta el día siguiente. Y no estaba solo, sino en compañía de otros ocho o nueve muchachos jóvenes que eran tratados como él. El médico Carlos Pierson ha escrito lo que sigue a un comisario del Gobierno: «No puedo hablar sino según mis observaciones personales y no según la estadística; pero certifico que me he sublevado con frecuencia a la vista de esos pobres niños, cuya salud se sacrifica para satisfacer, mediante un trabajo excesivo, la codicia de sus padres y de sus patronos». Enumera las causas de las enfermedades de los alfareros y cierra su lista con la causa principal, las largas horas de trabajo.

En las manufacturas de cerillas, la mitad de los trabajadores son niños menores de trece años y muchachas menores de dieciocho. Esta industria insalubre y repugnante tiene tan mala reputación, que solamente la parte más miserable de la población es la que suministra niños. Entre los testigos que el comisario White ha oído en 1863 había doscientos sesenta menores de dieciocho años, cuarenta menores de diez, diez que no tenían más que ocho años y, en fin, cinco tenían seis años solamente. La jornada de trabajo variaba entre doce, catorce y quince horas. Se trabajaba de noche; las comidas se hacen a horas irregulares y casi siempre en el mismo local de la fábrica, todo apestado de fósforo.

En las fábricas de alfombras, durante la temporada de más actividad, de octubre a abril, el trabajo dura casi sin interrupción desde las seis de la mañana a las diez de la noche y hasta más tarde aún. En el invierno de 1862, de diecinueve muchachas, seis

tuvieron que dejar la fábrica a causa de enfermedades ocasionadas por el exceso de trabajo. Para mantener despiertas a las demás, veíanse obligadas a sacudirlas. Los niños estaban tan fatigados que no podían tener los ojos abiertos. Un obrero depuso ante la Comisión investigadora en estos términos: «Mi chiquito, que está presente, tenía la costumbre de llevarle sobre mis hombros, cuando tenía siete años para ir a la fábrica y volver de ella, a causa de la nieve, y trabajaba habitualmente dieciséis horas. Con mucha frecuencia me he arrodillado a su lado para hacerle comer mientras él estaba a la máquina, porque no tenía que abandonarla ni interrumpir su trabajo.»

Hacia fines de junio de 1863, los periódicos de Londres metieron—mucho ruido a propósito de la muerte, «ocasionada por simple exceso de trabajo», de una modista de veinte años, empleada en el taller de un proveedor de la corte. Esta obrera, que trabajaba de ordinario dieciséis horas y media por día, jornada media de las modistas, había tenido que trabajar excepcionalmente, a causa de un baile de la corte, veintiséis horas y media sin interrupción, con otras sesenta jóvenes. Pero antes de haber podido concluir su tarea, había muerto. El médico, llamado demasiado tarde a su lecho de muerte, declaró que había muerto a consecuencia de largas horas de trabajo en un taller demasiado lleno y en un dormitorio muy pequeño y sin ventilación.

En uno de los barrios más populosos de Londres, la mortalidad anual de los herreros es de 31 por 1.000. Esta profesión, que por sí misma no ofrece nada de nocivo a la salud, es destructiva del hombre por la simple exageración del trabajo.

He ahí cómo el capital explota y martiriza al trabajo. Este,

después de haber sufrido mucho, trata, al fin, de hacerle resistencia. Los trabajadores se unen y piden al poder social la fijación de una jornada normal de trabajo. Compréndese fácilmente lo que pueden obtener si se considera que la ley debe ser hecha y aplicada por esos mismos capitalistas contra los cuales quisieran oponerse los obreros.

IV. LA PLUSVALÍA RELATIVA

La fuerza de trabajo, produciendo un valor mayor que el precio que ella cuesta (el salario), es decir, una plusvalía, ha engendrado el capital, y luego ha procurado al capital una nutrición suficiente para su primera edad, habiendo sido aumentada la plusvalía por medio de la prolongación de la jornada de trabajo.

Pero el capital crece, y la plusvalía debe aumentar también para satisfacer sus necesidades acrecidas. Y, como lo hemos visto, aumento de la plusvalía no quiere decir otra cosa que nueva prolongación de la jornada de trabajo: sin embargo, esta jornada, aun cuando sea de una longitud o duración muy elástica, halla al fin su límite necesario. En efecto, por mínimo que sea el tiempo dejado por el capitalista al obrero para la satisfacción de sus necesidades más indispensables, la jornada de trabajo será siempre inferior a veinticuatro horas. La jornada de trabajo halla, pues, un límite natural, y el aumento de la plusvalía, por consiguiente, un obstáculo insuperable. Representemos una jornada de trabajo por la línea AB:

A – D – C – B

La letra A indicará el principio; la letra B, el fin; es decir, ese término natural más allá del cual no es posible ir. Sea AC la parte de la jornada durante la cual produce el obrero el valor equivalente al salario recibido, y CB la parte de la jornada durante la cual produce la plusvalía. Hemos visto que nuestro hilador de algodón, recibiendo 3 pesetas de salario, reproduce en una mitad de la jornada el valor de su salario y en la otra mitad produce 3 pesetas de plusvalía. El trabajo AC, con el cual se reproduce el valor del salario, llámase trabajo necesario, mientras que el trabajo CB, que produce la plusvalía, se denomina sobretrabajo. El capital está codicioso de sobretrabajo, porque es éste el que engendra la plusvalía. El sobretrabajo prolonga la jornada de trabajo, y ésta acaba por hallar su límite natural B, que presenta un obstáculo insuperable al sobretrabajo y a la plusvalía. ¿Qué hacer entonces? El capital ha encontrado en seguida el remedio. Observa que el sobretrabajo tiene dos límites: uno, B, término de la jornada de trabajo, y otro, C, término del trabajo necesario. Ahora bien, si el límite B es inmutable, no ocurre así con el límite C. Si se logra transportar el límite C al punto D, se habrá aumentado el sobretrabajo CB desde la longitud DC, y al mismo tiempo disminuido en otro tanto el trabajo necesario AC. La plusvalía habrá hallado así el medio de seguir creciendo, no ya de manera absoluta como anteriormente, es decir, prolongando más cada vez la duración de la jornada de trabajo, sino acrecentando el sobretrabajo mediante una disminución correspondiente de trabajo necesario. La primera era la plusvalía absoluta, y la segunda es la plusvalía relativa.

La plusvalía relativa se funda en la disminución del trabajo necesario; la disminución del trabajo necesario se funda en la disminución del salario; la disminución del salario se funda en la disminución del precio de las cosas necesarias al obrero; por lo

tanto, la plusvalía relativa hállase fundada en la disminución del valor de las mercancías de las cuales tiene necesidad el obrero.

Habría un medio más expeditivo de producir la plusvalía relativa, dirá alguno: consistiría en pagar al trabajador un salario inferior al que le corresponde, es decir, en no pagarle el justo precio de su mercancía, la fuerza de trabajo. Este procedimiento, que se emplea con mucha frecuencia en la práctica, no puede ser tomado en consideración por nosotros, porque sólo admitimos la más perfecta observancia de la ley de los cambios, según la cual todas las mercancías, y, por consiguiente, también la fuerza de trabajo, deben ser vendidas y compradas en su justo valor. Nuestro capitalista, como ya lo hemos visto, es un burgués absolutamente honrado y no utilizará nunca, para aumentar su capital, un medio que no fuera por entero digno de él.

Supongamos que en una jornada de trabajo produce un obrero seis artículos de una mercancía que el capitalista vende por el precio de 7 pesetas y 50 céntimos, porque en el valor de esta mercancía la materia prima y los medios de trabajo entran por 1 peseta y 50 céntimos, y la fuerza de trabajo de doce horas, por 6 pesetas: los tres elementos reunidos forman la suma de 7,50 pesetas. El capitalista halla sobre el valor de 7,50 pesetas que tiene su mercancía una plusvalía de 3 pesetas y sobre cada artículo una plusvalía de 50 céntimos, porque, siendo el salario del obrero de 3 pesetas y el gasto en materia prima y en medios de trabajo de 1,50 pesetas, ha gastado por cada artículo 75 céntimos y retira de cada uno de ellos 1,25 pesetas. Supongamos que con un nuevo sistema de trabajo o solamente con un perfeccionamiento del antiguo, el capitalista llega a doblar la producción y que en lugar de seis artículos por día logra obtener doce. Si en seis artículos la materia prima y los medios de trabajo

entraban por 1,50 pesetas, en doce artículos entrarán por 3 pesetas, es decir, siempre por 25 céntimos en cada artículo. Estas 3 pesetas, unidas a las 3 pesetas que el capitalista paga al obrero por el empleo de su fuerza de trabajo durante doce horas, hacen 6 pesetas, que representan el precio de costo de fabricación de los doce artículos: cada uno de ellos le cuesta, por consiguiente, 50 céntimos, a los cuales se añade la duodécima parte de la plusvalía (3 pesetas), o sea, 25 céntimos: cada artículo tiene, por tanto, un valor de 75 céntimos.

El capitalista tiene necesidad ahora de obtener una venta mayor en el mercado para vender una cantidad doble de su mercancía, y lo logra disminuyendo un tanto el precio de ésta. En otros términos, el capitalista tiene necesidad de dar existencia a una razón para que sus artículos se vendan en el mercado en doble cantidad, y esta razón la proporciona al comprador mediante una baja de precio. Venderá, pues, sus artículos a un precio algo inferior a 1,25 pesetas, que era su precio anterior, pero superior a 75 céntimos, que es la cifra de lo que valen hoy. Venderá, por ejemplo, a 1 peseta la pieza y habrá asegurado así el doblamiento de la venta de sus artículos, en los cuales gana hoy 6 pesetas: 3 pesetas de plusvalía y 3 pesetas que representan la diferencia, multiplicada por 12, entre el valor de cada artículo (75 céntimos) y su precio de venta (1 peseta).

Como se ve, ha obtenido el capitalista una gran ventaja de este aumento de la producción. Todos los capitalistas se hallan, por tanto, grandemente interesados en acrecentar los productos de su industria, y esto es lo que logran hacer diariamente en cualquier clase de producción. Pero su ganancia extraordinaria, la que representa la diferencia entre el valor de la mercancía y el precio a que se vende, dura poco, porque el sistema nuevo o

perfeccionado de producción es adoptado pronto por todos por necesidad. El resultado es entonces que el precio de venta de la mercancía es trasladado al valor verdadero de ésta: antes este valor era de 1,25 pesetas, y el artículo se vendía a 1,25 pesetas; hoy es sólo ya de 75 céntimos, y el artículo se vende no ya a 1 peseta, sino a 75 céntimos. Pero el capitalista, si no tiene ya la ganancia procedente de la diferencia entre el valor de la mercancía y el precio de venta, conserva siempre la integridad de la plusvalía: ésta se distribuye sobre doce artículos en lugar de ser distribuida sobre seis solamente; pero como los doce artículos son producidos en el mismo tiempo que lo eran los seis, es decir, en doce horas de trabajo, la plusvalía sigue siendo la misma, y se tiene siempre, como último resultado, tres pesetas de plusvalía sobre una jornada de doce horas, pero con una producción duplicada.

Cuando este aumento de la producción se apoya sobre las mercancías necesarias a los trabajadores, tiene por resultado la disminución del precio de la fuerza de trabajo, y, por consecuencia, la disminución del trabajo necesario y el aumento del sobretrabajo que produce la plusvalía relativa.

V. COOPERACIÓN ⁴

Hace ya un momento que no nos hemos ocupado de los hechos y gestos de nuestro capitalista, que de seguro ha debido prosperar durante este intervalo. Volvamos a su taller, donde tendremos quizá el gusto de volver a ver a nuestro amigo el hilandero. Ya hemos llegado. Entremos.

¡Qué sorpresa! Ahora vemos a la tarea, no ya a un obrero, sino a un gran número de obreros, todos silenciosos y colocados en buen orden como otros tantos soldados. No faltan vigilantes e inspectores, que, tal como oficiales, pasan por las filas, observándolo todo, dando órdenes y cuidando por su puntual ejecución. En cuanto al capitalista, no se ve ni siquiera su sombra. He aquí que se abre una puerta con vidrieras que conduce al interior. ¿Será él tal vez? Vamos a verlo. Es un grave personaje,

4 El término “cooperación” está tomado aquí en su sentido etimológico estricto (cooperación), que significa simplemente acción de concurrir a una obra común. En el lenguaje de hoy, el trabajo cooperativo se entiende del que ejecutan obreros “que, en lugar de dar a un patrono su trabajo a cambio de un salario, ponen en común sus ahorros y su trabajo para ejercer ellos mismos una industria en que cada uno de ellos tiene parte tanto en el trabajo como en las pérdidas” (Diccionario Harzfeld–Darmesteter). Marx lo entiende aquí de otro modo: trátase del empleo de la fuerza colectiva puesta al servicio de un patrono que la dirige y explota en beneficio suyo. (Nota de J. Guillaume, traductor francés.)

pero no es nuestro capitalista. Los inspectores se apresuran alrededor del recién llegado y reciben sus órdenes con la mayor atención. Oyese el rumor de una sonería eléctrica; uno de los vigilantes corre a aplicar su oído a la extremidad de un tubo de metal que desciende del techo a lo largo de la pared y va en seguida a anunciar al señor director que el patrono le llama para conferenciar con él. Buscamos en la multitud de los obreros a nuestro antiguo conocido el hilandero y acabamos por descubrirle en un rincón, completamente absorto en su trabajo. Está pálido y descarnado y en su rostro se lee una profunda tristeza. Le hemos visto en el mercado, en otra ocasión, tratando de igual a igual con el hombre de los escudos para la venta de su fuerza de trabajo; pero ¡cuánto se ha alargado hoy la distancia que los separa! Ahora es un obrero perdido entre la multitud de los que pueblan el taller y está abrumado por una jornada de trabajo de una duración excesiva; mientras que el poseedor de dinero, transformado en adelante en gran capitalista, truena como un dios en lo alto de su Olimpo, desde donde envía sus órdenes a su pueblo por medio de un ejército de intermediarios.

¿Qué ha sucedido entonces? Nada más sencillo. El capitalista ha prosperado. El capital se ha acrecentado enormemente, y para satisfacer a sus nuevas necesidades el capitalista ha establecido el trabajo cooperativo, que es el trabajo ejecutado por la unión de las fuerzas. En este taller donde antes funcionaba una sola fuerza de trabajo se ve funcionar hoy a toda una cooperación de fuerzas de trabajo. El capital ha salido de la infancia y se presenta por vez primera bajo su verdadero aspecto.

Las ventajas que halla el capital en la cooperación pueden situarse bajo cuatro puntos esenciales.

Primeramente, es en la cooperación donde realiza el capital la noción del trabajo social. Siendo la fuerza social de trabajo, como ya lo hemos dicho, el término medio tomado en un centro determinado de producción, sobre un número de obreros que trabajan con un grado medio de habilidad, claro es que cada fuerza individual de trabajo se separará más o menos de la fuerza media o social, la cual no puede obtenerse, por consiguiente, más que reuniendo en el mismo taller a un gran número de fuerzas de trabajo, esto es, sólo practicando la cooperación⁵.

La segunda ventaja consiste en la economía de los medios de trabajo. El mismo taller, los mismos caloríferos, etc., que no servían sino para uno solo, sirven ahora para muchos obreros.

La tercera ventaja de la cooperación estriba en el aumento de la fuerza de trabajo. «De la misma manera que la fuerza de ataque de un escuadrón de caballería o la fuerza de resistencia de un regimiento de infantería difiere esencialmente de la suma de las fuerzas individuales desplegadas aisladamente por cada uno de los jinetes o de los infantes, de igual modo la suma de las fuerzas mecánicas de obreros aislados difiere de la fuerza mecánica que se desarrolla desde el momento en que funcionan conjuntamente y de manera simultánea en una misma operación indivisa»⁶.

La cuarta ventaja consiste en la posibilidad de combinar las fuerzas con el fin de poder ejecutar trabajos que con fuerzas aisladas hubiese sido imposible realizar o que no hubiera sido posible ejecutarlos más que de una manera muy imperfecta. ¿Quién no ha visto cómo 50 obreros pueden mover masas

5 Destutt de Tracy lo llama “concurso de fuerzas”. (Nota de Marx.)

6 Marx, p. 141.

enormes en una hora, en tanto que un obrero aislado no llegaría, en 50 horas consecutivas, a moverlas sino muy poca cosa? ¿Quién no ha visto cómo 12 obreros, haciendo la cadena desde abajo arriba de una casa en construcción suben en una hora una cantidad de materiales inmensamente mayor que la que un obrero solo podría subir en 12 horas? ¿Quién no comprende que 20 albañiles hacen mucho más trabajo en una jornada que podría hacer un albañil solo en 20 días?

«La cooperación es el modo fundamental de la producción capitalista»⁷.

⁷ Marx, p. 145.

VI. DIVISIÓN DEL TRABAJO Y MANUFACTURA

Cuando el capitalista reúne en su taller a los obreros que ejecutan las diversas partes del trabajo necesario a la fabricación de una mercancía, da entonces a la cooperación un carácter especial: establecer la división del trabajo y la manufactura, la cual no es otra cosa que «un organismo de producción cuyos miembros son hombres»⁸.

Aunque la manufactura se halle fundada siempre sobre la división del trabajo, tiene, no obstante, un doble origen. En efecto, en algunos casos, la manufactura ha reunido en el mismo taller las diversas operaciones requeridas para la confección de una mercancía, operaciones que, en el origen, eran distintas y estaban separadas una de otra, como otros tantos oficios diferentes; en otros casos, ha dividido, pero conservándolas en el mismo taller, las diversas operaciones del trabajo que antes formaban un todo en la confección de una mercancía. «Una carroza era el producto colectivo de los trabajos de un gran número de artesanos independientes unos de otros, tales como carpinteros, guarnicioneros, sastres, cerrajeros, talabarteros,

8 *Marx*, p. 147.

torneros, pasamaneros, vidrieros, pintores, barnizadores, doradores, etc. La manufactura carrocera les ha reunido a todos en un mismo local donde trabajan a la vez y de mano a mano. No se puede, es cierto, dorar una carroza antes de que esté construida; pero si se hacen muchas carrozas a la vez, el dorador puede estar ocupado constantemente en dorar las que estén terminadas, mientras que las demás pasan también por otra fase de la fabricación»⁹. La fabricación de un alfiler ha sido dividida, por la manufactura, en más de veinte operaciones parciales que forman las partes de lo que en otro tiempo era ejecutado en totalidad por un solo alfiletero. Por lo tanto, la manufactura ya reúne a varios oficios en uno solo o bien divide un oficio en varios.

La manufactura multiplica las fuerzas y los instrumentos de trabajo, pero los hace eminentemente técnicos y sencillos, aplicándolos constantemente a una sola y única operación elemental.

Grandes son las ventajas que realiza el capital por medio de la manufactura, especializando cada una de las diversas fuerzas de trabajo en una operación elemental y constantemente la misma. La fuerza de trabajo adquiere considerablemente intensidad y precisión. Todos esos pequeños intervalos que se encuentran, tales como posturas, entre las diversas fases de la fabricación de una mercancía ejecutada por un solo individuo, desaparecen cuando este individuo ejecuta siempre la misma operación. El obrero no debe aprender ya en lo sucesivo todo un oficio, sino solamente una operación única y muy sencilla de ese oficio, que aprende en mucho menos tiempo y con mucho menos gasto del que sería menester para aprender el oficio en su totalidad. Esta

9 *Marx*, p. 146.

disminución de gasto y de tiempo tiene por consecuencia un aumento correspondiente de sobretrabajo y de la plusvalía, pues todo lo que acorta el tiempo necesario a la reproducción de la fuerza de trabajo engrandece el dominio del sobretrabajo. El capitalista, como verdadero parásito, se lucra cada vez más a expensas del trabajo, y el trabajador sufre por esto grandemente.

«La manufactura revoluciona por completo la forma de trabajo individual y ataca en su raíz a la fuerza de trabajo. Deforma al trabajador desarrollando de manera monstruosa su destreza de detalle a costa de todo un mundo de aptitudes productivas, de igual modo que en los Estados del Plata se sacrifica un buey entero para tener su piel o su sebo.

»No es solamente el trabajo lo que se divide, se subdivide y se reparte entre diversos individuos, es también al propio individuo al que se divide y metamorfosea en resorte automático de una tarea parcial, de suerte que se ve realizada la fábula absurda de Menenio Agripa que representa a un hombre como simple fragmento de su propio cuerpo. Dugald Stewart llama a los obreros de manufactura autómatas vivos empleados en los detalles de la obra.

«Originariamente, el obrero vende al capitalista su fuerza de trabajo porque le faltan los medios materiales de la producción. Su fuerza individual de trabajo no existe ahora más que a condición de ser vendida. Ya no puede funcionar más que en un conjunto que encuentra solamente en el taller del capitalista después de venderse. Del propio modo que el pueblo elegido llevaba escrito sobre su frente que era de la propiedad de Jehová, así la división del trabajo imprime al obrero de manufactura un sello que le marca como la propiedad del capital. Dice Storch: “El

obrero que lleva en sus manos un oficio completo puede ejercer su industria en todas partes y hallar medios de subsistir; el otro (el de las manufacturas) no es más que un accesorio que, separado de sus colegas, ya no tiene capacidad ni independencia, y se encuentra obligado a aceptar la ley que se juzgue conveniente imponerle.”

»Las potencias intelectuales de la producción se desarrollan en un solo sentido, porque desaparecen sobre todas las demás. Lo que pierden los obreros parcelarios se concentra en oposición a ellos en el capital. La división manufacturera del trabajo pone frente a ellos a las potencias intelectuales de la producción como una propiedad ajena y una potencia que les domina. Esta escisión comienza ya en la simple cooperación, donde el capitalista representa, con respecto al trabajador aislado, la unidad y la voluntad del trabajador colectivo; se desarrolla después en la manufactura, que mutila al trabajador haciendo de él un obrero parcelario y concluye finalmente en la gran industria que separa la ciencia del trabajo haciendo de ella una potencia de producción independiente de él y enrola a ésta al servicio del capital.

»En la manufactura, el enriquecimiento del trabajador colectivo y, por consiguiente, del capital, como fuerza productiva social, tiene por condición el empobrecimiento del trabajador como fuerzas productivas individuales.»

«La ignorancia –dice Ferguson– es la madre de la industria como de la superstición. La reflexión y la imaginación se hallan sujetas a extraviarse; pero el hábito de mover el pie o la mano no depende ni de una ni de otra. Por eso podría decirse que la perfección, en lo que concierne a las manufacturas, consiste en

poder prescindir del espíritu, de manera que el taller pueda ser considerado como una máquina cuyas partes son hombres.» Y en efecto, algunas manufacturas, a mediados del siglo dieciocho, para ciertas operaciones sencillas que constituían un secreto de fábrica, empleaban con preferencia obreros medio idiotas.

Dice Adam Smith: «El espíritu de la mayoría de los hombres se desarrolla necesariamente de conformidad con sus ocupaciones diarias. Un hombre que se pasa toda la vida en ejecutar un pequeño número de operaciones sencillas no tiene ocasión ninguna de ejercitar su inteligencia. Se hace generalmente tan estúpido e ignorante como le es posible serlo a una criatura humana.» Después de haber pintado el embrutecimiento del obrero parcelario, Smith continúa así: «La uniformidad de su vida estacionaría va ligada también, naturalmente, a su audacia de espíritu...; destruye también la energía de su cuerpo y le hace incapaz de aplicar su fuerza con vigor y perseverancia a otra cosa que a la operación accesoría que ha aprendido a ejecutar. Su destreza en la ocupación especial a la cual se halla consagrado parece así haber sido adquirida a costa de sus virtudes intelectuales, sociales y guerreras. Y en toda sociedad industrial y civilizada es éste el estado en que debe caer necesariamente el pobre, es decir, la gran masa del pueblo.» Para impedir la completa decadencia de las masas populares, resultado de la división del trabajo, Adam Smith recomienda la organización por el Estado de la instrucción para el pueblo, pero solamente en dosis prudentemente homeopáticas. Su traductor y comentarista francés, Germain Garnier, más consecuente, le contradice en este punto: empero este traductor debía llegar a ser senador del primer Imperio. La instrucción del pueblo, dice Garnier, hiere las leyes primordiales de la división del trabajo y al proporcionársela

se proscibiría todo nuestro sistema social, «Como todas las demás divisiones del trabajo –dice–, la que existe entre el trabajo mecánico y el trabajo intelectual se pronuncia de una manera más fuerte y más decisiva a medida que la sociedad (emplea esta expresión para designar al capital, a la propiedad territorial y al Estado que los protege) avanza hacia un estado más opulento. Esta división, como todas las demás, es un efecto de los progresos pasados y una causa de los progresos venideros... ¿Debe, por tanto, el Gobierno trabajar en su marcha natural? ¿Debe emplear una porción de la renta pública para tratar de confundir y mezclar dos clases de trabajo que tienden por sí misma a dividirse?»

Dice Ferguson: «El arte de pensar, en un período en que todo está separado, puede formar por sí mismo un oficio aparte.»

«Cierta envilecimiento del cuerpo y del espíritu es inseparable de la división del trabajo por sí misma, en la sociedad en general. Pero como el período manufacturero lleva esta separación social de las ramas del trabajo mucho más lejos, al mismo tiempo que por la división que le es propia ataca al individuo en la propia raíz de su vida, es ella la que ha suministrado por primera vez los materiales y la ocasión de una patología industrial. Ramazzini, profesor de medicina práctica en Padua, publicó en 1713 su obra *De morbis artificum* (Enfermedades de los artesanos). Su catálogo de las enfermedades de los obreros ha sido naturalmente muy aumentado por el período de la gran industria, como lo demuestran los escritores aparecidos después de él: el Dr. A. L. Fonterel, París, 1858; Eduardo Reich, Erlangen, 1868, y otros, así como la encuesta emprendida en 1854 por la Society of Arts de Inglaterra y los informes oficiales sobre la salud pública.

D. Urquhart dice: «Subdividir un hombre es ejecutarlo, si ha

merecido la sentencia, y asesinarlo si no la ha merecido. La subdivisión del trabajo es el asesinato de un pueblo.»

Hegel profesaba opiniones muy heréticas sobre la división del trabajo. «Por hombres cultivados debe entenderse primeramente a los que pueden hacer todo lo que hacen los demás», dice en su *Filosofía del derecho*.

«La división del trabajo, en su forma capitalista, es sólo un método particular de producir plusvalía relativa, es decir, de acrecentar a costa del trabajador el rendimiento del capital, lo que se llama riqueza nacional. A costa del trabajador, desarrolla la fuerza productiva social del trabajo con beneficio exclusivo del capitalista. Crea nuevas condiciones para la dominación del capital sobre el trabajo. Si aparece, por una parte, como un progreso histórico y como una fase del desenvolvimiento económico de la sociedad, es al mismo tiempo y por otra parte, un medio civilizado y refinado de explotación»¹⁰.

10 Marx, pp. 156-158.

VII. MÁQUINAS Y GRAN INDUSTRIA

John Stuart Mill, en sus *Principios de economía política*, ha dicho: «Podemos preguntarnos si todas las invenciones mecánicas hechas hasta hoy han aliviado la labor diaria de un ser humano fuere cual fuere.» Mill habría debido decir: «de un ser humano no sostenido por el trabajo ajeno», pues las máquinas han aumentado indudablemente de manera considerable el número de los ociosos distinguidos. El objeto de las aplicaciones capitalistas de las máquinas no era, por otra parte, el de aliviar la fatiga de los trabajadores. Como todos los demás desarrollos de la fuerza productiva del trabajo, su empleo se halla destinado simplemente a disminuir el precio de las mercancías con el fin de acortar la porción de la jornada de trabajo que necesita el obrero para pagar su manutención, y alargar la otra parte de esta jornada, la que da por nada al capitalista. Es éste un medio de producir plusvalía¹¹.

Pero ¿quién piensa nunca en el trabajador? Si el capitalista se

¹¹ Marx, p. 161.

ocupa de él, es tan sólo para estudiar el mejor medio de explotarle. El obrero vende su fuerza de trabajo y el capitalista la compra como la única mercancía que, por su plusvalía, puede hacer nacer y crecer el capital. Por tanto, el capitalista no se ocupa de otra cosa sino de fabricar plusvalía en cantidad cada vez mayor. Después de haber agotado los recursos de la plusvalía absoluta, ha encontrado la plusvalía relativa. Ve ahora que, por medio de las máquinas, puede obtener con el mismo tiempo un producto dos veces, cuatro veces y diez veces mayor que antes y adopta las máquinas. La cooperación y la manufactura se transforman así para convertirse en la gran industria y el taller se trueca en la fábrica.

El capitalista, después de haber mutilado al obrero con la división del trabajo, después de haber limitado a la ejecución de una sola operación parcial, nos hace asistir a un espectáculo aún más triste. Arranca de las manos del trabajador la única prerrogativa que le recordaba aún su arte, su antiguo estado de hombre completo, y le da la máquina. En lugar de asignar a la máquina el papel de fuerza motriz, dejando al obrero el de ejecutor de la mano de obra, hace de la propia máquina el órgano de la operación manual y no deja al obrero otro empleo que el de vigilante y a veces el de motor.

Con la introducción de las máquinas, realiza el capitalista, desde luego, un enorme beneficio, como se comprenderá fácilmente si se recuerda lo que hemos dicho a propósito de la plusvalía relativa. Pero con la propagación del sistema de la producción mecánica, cesa la ganancia extraordinaria y queda solamente el aumento de la producción que, hecho general por la generalización de las máquinas, disminuye el valor de las cosas necesarias al obrero y, por ende, la duración del trabajo necesario

y la tasa del salario y aumenta, por consiguiente, el sobretrabajo y la plusvalía.

El capital se distingue en capital constante y en capital variable. Se llama capital constante el que es representado por los medios de trabajo y por las materias primas. Los edificios, los caloríferos, las herramientas, las materias auxiliares, como el sebo, el carbón, el aceite, etc., las materias primas, como el hierro, el algodón, la seda, la plata, la madera, etc., todas esas cosas forman parte del capital constante. El capital variable es el representado por el salario, es decir, por el precio de la fuerza de trabajo. El primero se llama constante porque su valor permanece constante en el valor de la mercancía de la cual forma parte; mientras que el segundo se llama variable porque su valor aumenta al entrar como parte componente en el valor de una mercancía. El capital variable es el que sólo crea la plusvalía y la máquina no puede formar parte más que del capital constante.

El capitalista se propone, en la gran industria, beneficiarse de una masa enorme de trabajo pasado, de la misma manera que se beneficiaría de una masa de fuerzas naturales, es decir, gratuitamente. Sin embargo, para lograr este objeto le es preciso todo un mecanismo, el cual se compondrá de materiales más o menos costosos y absorberá siempre cierta cantidad de trabajo. Pero no tiene necesidad de comprar la fuerza del vapor ni las propiedades motrices del agua ni del aire: no tiene necesidad de comprar los descubrimientos y sus aplicaciones mecánicas ni las invenciones y los perfeccionamientos de utillaje de un oficio. Puede servirse de todo esto, tanto como quiera, sin el menor gasto; le basta con procurarse el mecánico correspondiente. La máquina, como hemos dicho, forma parte del capital constante, y la proporción en que contribuye a la composición del valor de

la mercancía se halla en razón directa de su consumo y del de sus materiales auxiliares, carbón, grasa, etc., y en razón inversa del valor de la mercancía. Quiere decir esto que cuanto mayores son el desgaste de una máquina y el consumo de sus materias auxiliares en la producción de una mercancía, más valor comunica a ésta la máquina, mientras que cuanto mayor es el valor de la mercancía para la cual trabaja la máquina, más pequeña es, proporcionalmente, la parte de valor que comunica a la mercancía el desgaste de la máquina.

«Si el desgaste diario de un martillo de vapor, su consumo de carbón, etc., se repartiesen entre enormes masas de hierro martilladas, cada quintal de hierro no absorbe más que una porción mínima de valor; esta porción sería evidentemente considerable si el instrumento cíclope no hiciese más que hundir pequeños clavos»

Cuando, por la generalización del sistema de la gran industria, deja de ser la máquina una fuente directa de beneficio extraordinario para el capitalista, éste logra hallar otros muchos medios mediante los cuales podrá continuar retirando una cantidad considerable de plusvalía de esta nueva forma de producción.

«El capital, una vez en posesión de la máquina, lanzó en seguida este grito: ¡Trabajo de mujeres, trabajo de niños! Este poderoso medio de disminuir las labores del hombre se trocó así en un medio de aumentar el número de los asalariados y doblegó a todos los miembros de una familia, sin distinción de edad ni sexo, bajo el látigo del capital. El trabajo forzado para el capital usurpó el lugar, no sólo de los juegos de la infancia, sino también del trabajo libre en el interior de la familia y para la familia.

»El valor de la fuerza de trabajo era determinado por el tiempo necesario a la conservación no solamente del obrero adulto, sino también de su familia. Lanzando al mercado a todos los miembros de la familia, la máquina divide así el valor de la fuerza de trabajo del hombre para repartirlo entre toda la familia y deprecia por ende la fuerza de trabajo del obrero. La compra de las cuatro fuerzas de trabajo en las cuales, por ejemplo, habrá podido ser dividida así la familia, costará quizá más cara de lo que costaba antes la compra de la fuerza de trabajo del jefe de la familia; pero también han ocupado el lugar de una sola cuatro jornadas de trabajo y su precio ha bajado en proporción al exceso del sobretrabajo de cuatro sobre el sobretrabajo de uno solo. Cuatro personas deben proporcionar ahora al capital no tan sólo trabajo, sino también sobretrabajo para que viva una sola familia. Así es cómo la máquina, al agrandar el campo de explotación del capital, es decir, el material humano explotable, intensifica al mismo tiempo el grado de la explotación.

»El empleo capitalista del maquinismo altera profundamente el contrato, cuya primera condición era que el capitalista y el obrero debían presentarse uno frente a otro como personas libres, como propietarios de mercancías independientes, poseedor uno de dinero y de medios de producción y poseedor el otro de fuerza de trabajo de la cual podía disponer libremente, pero ahora vende a su mujer y a sus hijos y se ha convertido en traficante de esclavos»¹².

«Si la máquina es el medio más poderoso de acrecentar la productividad del trabajo, es decir, de acortar el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía,

12 *Marx*, p. 171.

conviértese, como sostén del capital, en las ramas de la industria de la cual se apodera, en el medio más poderoso de prolongar la jornada de trabajo más allá de todo límite natural. El medio de trabajo, convertido en máquina, álzase independiente frente a los trabajadores. Una sola pasión anima al capitalista: quiere reducir el obstáculo que le pone la naturaleza humana –naturaleza resistente, pero elástica– a un mínimo de resistencia. La facilidad aparente del trabajo a máquina y el elemento más manejable y más dócil que son las mujeres y los niños, le ayudan en esta obra de avasallamiento.

»El desgaste material de las máquinas se presenta bajo un doble aspecto. Se disgustan, de una parte, por razón de su empleo, como las piezas de moneda por la circulación, y, de otra parte, por la falta de uso, como una espada se enmohece en la vaina; esto es la destrucción por los elementos. El primer género de desgaste hállase más o menos en razón directa y el último, en cierto grado, en razón inversa de su empleo. La máquina hállase sujeta además a lo que podría llamarse el desgaste moral. Pierde su valor de cambio a medida que pueden fabricarse máquinas de la misma construcción más económicas o que van a hacerle competencia máquinas perfeccionadas»¹³.

Para remediar este último perjuicio, el capitalista tiene necesidad de hacer trabajar a su máquina lo más posible, y comienza, primeramente, por prolongar el trabajo cotidiano, introduciendo el trabajo nocturno y el sistema de los relevos. Como lo indica la misma palabra, empleada para indicar el cambio de los caballos de posta, el sistema de los relevos consiste en hacer ejecutar el trabajo por dos equipos de trabajadores que

13 *Marx*, pp. 174-175.

se relevan cada doce horas o por tres equipos que se relevan cada ocho horas a fin de que el trabajo prosiga sin interrupción alguna durante la totalidad de las veinticuatro horas. Este sistema, tan beneficioso para el capitalista, es adoptado también en el primer momento de la aparición de las máquinas, momento en que el capitalista tiene prisa por recoger la mayor suma posible de este beneficio llamado extraordinario, que debe cesar por la generalización de su empleo.

El capitalista suprime, por tanto, gracias a las máquinas, todos los obstáculos de tiempo y todos los límites de la jornada que en la manufactura eran impuestos al trabajo. Y cuando ha llegado a los límites de la jornada natural, es decir, a la absorción integral de las veinticuatro horas de ésta, halla el medio de hacer, de una sola jornada, dos, tres, cuatro días y más, intensificando el trabajo dos, tres o cuatro veces. En efecto: si en una jornada de trabajo halla el medio de hacer ejecutar al obrero un trabajo, dos, tres y cuatro veces mayor que antes, es evidente que la antigua jornada de trabajo corresponderá a dos, tres o cuatro jornadas. Y el capitalista halla el medio de hacerlo, como hemos dicho, intensificando el trabajo o, en otros términos, condensando en una sola jornada el trabajo de dos, de tres y de cuatro jornadas. Y obtiene este resultado por medio de las máquinas.

«El perfeccionamiento de la máquina de vapor ha aumentado el número de los golpes de émbolo que da por minuto, y ha permitido al mismo tiempo, con una mayor economía de la fuerza, poner en movimiento un mecanismo más considerable con el mismo motor, sin aumentar el consumo e incluso disminuyéndolo, en lo que al carbón se refiere. El perfeccionamiento del mecanismo de transmisión ha disminuido el rozamiento y ha reducido el diámetro y el peso de los grandes

y de los pequeños árboles motores, de las ruedas, de los tambores, etc., a un mínimo siempre decreciente, y mediante esto se ha llegado a hacer transmitir con mayor rapidez la fuerza aumentada del motor a todas las ramas del mecanismo. Aumentando la velocidad y la potencia de acción de la máquina, se ha podido disminuir su dimensión, como en la industria de tejer moderna, o aumentar, agrandando la armadura, el número y la dimensión de las herramientas que contiene, como en la máquina de hilar, o aumentar la movilidad de esos útiles con modificaciones de detalle como las que, hasta 1857, aumentaron en casi una quinta parte la velocidad de los husos de la *self-acting mule*.

»Un fabricante inglés decía en 1836: “En comparación de antes, el esfuerzo de trabajo que necesitan las operaciones de las fábricas se ha aumentado considerablemente a causa del mayor grado de atención y de actividad exigido del obrero por la velocidad de las máquinas grandemente aumentada. “Y en 1844, decía Lord Ashley en la Cámara de los Comunes: El trabajo de los obreros empleados en las operaciones de las fábricas es hoy tres veces mayor que en el momento en que fueron introducidas esas operaciones. Las máquinas han realizado, sin duda alguna, una obra que reemplaza los tendones y los músculos de millones de hombres, pero han aumentado también de manera prodigiosa el trabajo de los hombres sometidos a su terrible movimiento”¹⁴.

»En la fábrica, la virtuosidad en el manejo de la herramienta pasa del obrero a la máquina... La distinción esencial es la que clasifica a los trabajadores en obreros ocupados realmente en las máquinas–herramientas (independientemente de algunos

14 Marx, p. 178.

trabajadores encargados de vigilar y de alimentar la máquina motriz) y en simples maniobras (casi exclusivamente de los años) subordinadas a los primeros. A estas maniobras pertenecen más o menos todos los que se llaman feeders (alimentadores), encargados solamente de presentar a las máquinas la materia prima de trabajar. Al lado de estas dos grandes clases ocupa lugar un personal insignificante numéricamente, ocupado en el control de todo utillaje mecánico y en las reparaciones necesarias, ingenieros, mecánicos, carpinteros, etc. Esta es una clase superior de trabajadores, algunos de los cuales han recibido una educación científica y otros ejercen una profesión: quedan fuera del círculo de los obreros de la fábrica, a los cuales no se hallan más que yuxtapuestos.

»El trabajo de la máquina exige que el obrero sea adiestrado temprano en este género de ocupación a fin de aprender a coordinar sus propios movimientos sobre el movimiento uniforme y continuo del autómeta... La rapidez con que aprenden los niños el trabajo a la máquina suprime la necesidad de tener una clase particular de obreros para este género de trabajo... La especialidad que consistía en manejar toda su vida una herramienta parcelaria, se convierte en la especialidad de servir toda su vida una máquina parcelaría. Se abusa del maquinismo para transformar al trabajador, desde la infancia, en una fracción de una máquina fraccionada. No solamente los gastos que exige su reproducción son disminuidos así considerablemente, sino que al mismo tiempo queda consumida su dependencia completa de la fábrica, como de todo de lo cual es tan sólo una parte y, por consiguiente, del capitalista.

»En la manufactura y en el oficio, el obrero se sirve de la herramienta, y en la fábrica es él el que sirve a la máquina. Allí, el

movimiento del instrumento de trabajo parte de él y aquí es a este movimiento al que debe obedecer. En la manufactura, los obreros forman los miembros de un mecanismo viviente. En la fábrica, existe un mecanismo muerto, independiente de ellos y al cual son incorporados como accesorios vivientes... La misma facilidad del trabajo se torna un medio de tortura, pues la máquina no exime al trabajador del trabajo, sino que priva a su trabajo de contenido... Por su conversión en autómata, el instrumento de trabajo se yergue ante el obrero, durante el mismo trabajo, como capital, como trabajo muerto, dominando y absorbiendo la fuerza de trabajo viviente.

»La separación de las potencias intelectuales de la producción de trabajo manual y la transformación de las primeras en potencias de dominación del capital sobre el trabajo, se realiza, como ha sido ya indicado, en la gran industria fundada sobre la base del maquinismo. La destreza de detalle del obrero individual, ayudado por la máquina, desaparece como un accesorio imperceptible, ante la ciencia, ante las prodigiosas fuerzas naturales y ante el inmenso trabajo social que se encarnan en la máquina y que constituyen con ella la potencia del amo. Este amo, en cuyo cerebro la máquina y el monopolio que él ejerce sobre ella, se hallan unidos inseparablemente, podrá lanzar a sus obreros, en caso de conflicto, estas palabras de desprecio:

»Los obreros de fábrica debieran conservar el saludable recuerdo de este hecho: que su trabajo es en realidad de calidad muy inferior, y que no hay nada que sea más fácilmente aprendido o mejor pagado relativamente, o que, por medio de un corto aprendizaje dado a los menos expertos, pueda ser suministrado más rápida y más profusamente. Las

máquinas del amo representan en realidad un factor mucho más importante de la producción que el trabajo y la destreza del obrero, que seis meses de aprendizaje puede enseñar y que el trabajador más pequeño puede aprender.

(Informe del Comité del Fondo de defensa de los maestros hiladores y manufactureros, Manchester, 1854).

»La subordinación técnica del obrero a la marcha uniforme del instrumento de trabajo, y la composición particular del efectivo de los trabajadores, formado de individuos de ambos sexos y de todas las edades, crean una disciplina cuartelada y dan origen al régimen de las fábricas. Vese llegar allí a su más alto grado de desarrollo esta organización de la vigilancia, de la cual ya hemos hablado, y la división de los trabajadores en obreros manuales y en capataces, en simples soldados y en subalternos del ejército industrial.

El doctor Ure, el cantor lírico de las bellezas del régimen de las fábricas, dice a este propósito: “La principal dificultad, en la fábrica mecánica, consistía en la disciplina necesaria para hacer renunciar a los hombres a sus costumbres irregulares en el trabajo e identificarlos con la regularidad invariable del gran autómatas. Inventar y poner en vigor con éxito un código de disciplina que responda a las necesidades y a la celeridad del sistema automático, era una empresa digna de Hércules”. En el código de la fábrica, el capital formula como legislador particular y, en virtud de su buen gusto, la autocracia que ejerce sobre sus obreros, sin preocuparse del principio de la separación de los poderes, tan caro a la burguesía, ni del sistema representativo más preconizado aún por ella. El látigo del conductor de esclavos es reemplazado por la libreta de castigos del capataz, castigos

que todos se resuelven naturalmente en multas y en descuentos sobre el salario»¹⁵.

Federico Engels¹⁶ dice: «La esclavitud a que la burguesía ha sometido al proletariado en ninguna parte se presenta más claramente que en el sistema de las fábricas. Aquí cesa toda libertad de derecho y de hecho. El obrero debe estar en la fábrica a las cinco y media de la mañana; si llega un par de minutos más tarde es castigado; si llega con diez minutos de retraso, no se le deja entrar sino después del desayuno y pierde un cuarto de jornada de salario. Tiene que comer, beber y dormir bajo mandato... El fabricante es legislador absoluto. Hace reglamentos según su buen gusto; enmienda su código y hace en él adiciones, como bien le parezca; que introduzca en él las disposiciones más extravagantes, los tribunales no dirán menos por ello al obrero: “Puesto que habéis aceptado libremente ese contrato, debéis someteros a él...” Esos trabajadores se hallan condenados a vivir, desde la edad de nueve años hasta su muerte, bajo el látigo espiritual y corporal»¹⁷.

«Tomemos dos casos como ejemplo de lo que dicen los tribunales. En Sheffield, en 1866, un obrero habíase contratado por dos años en una fábrica metalúrgica. A consecuencia de una disputa con el fabricante, dejó la fábrica, declarando que se negaba en absoluto a seguir trabajando para su patrono. Perseguido por ruptura de contrato, fue condenado a dos meses de cárcel. (Si es el fabricante quien rompe el contrato, sólo puede

¹⁵ Marx, pp. 181-184.

¹⁶ Federico Engels no debe ser confundido con los escritores burgueses citados en este Compendio. Marcha de acuerdo con Marx, como se verá por sus propias palabras. (Nota de Cafiero.)

¹⁷ Engels. *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*, página 217.

serle intentada una acción civil y no corre el riesgo más que de una condena por daños y perjuicios.) Una vez salido de la prisión el obrero, el fabricante le intimó la orden de entrar de nuevo en la fábrica en virtud del antiguo contrato. El obrero se negó, diciendo que había expiado su pena. Fue perseguido de nuevo, y condenado por segunda vez, aunque uno de los jueces, M. Shee, hubiese denunciado públicamente el caso como una enormidad jurídica, en virtud de la cual un hombre podría ser condenado periódicamente toda su vida por el mismo delito. Esta sentencia no fue dictada por jueces ignorantes rurales, sino por uno de los más altos tribunales de Londres.

»El segundo caso se produjo en el Wiltshire, en noviembre de 1863. Unas treinta tejedoras en la industria mecánica, ocupadas por un tal Harrupp, fabricante de paños, se habían puesto en huelga porque el citado Harrupp tenía la bonita costumbre de hacer descuentos sobre sus salarios cuando llegaban con retraso por la mañana, a saber: seis peniques por dos minutos, un chelín por tres minutos y un chelín y seis peniques por diez minutos; ahora bien: el salario medio de estas obreras era de diez a doce chelines por semana. Harrupp había encargado a un muchacho que tocara la hora de entrada a la fábrica, éste tocaba tres veces antes de las seis, y, desde el momento en que había cesado, se cerraban las puertas y las obreras que no habían entrado eran víctimas de la multa.

Como en la fábrica no había reloj, las infelices mujeres estaban a merced del joven campanero, inspirado por Harrupp. Las obreras en huelga, madres de familia e hijas, declararon que reanudarían el trabajo si el campanero era sustituido por un reloj y si se establecía una tarifa de multas más razonable. Harrupp citó a diecinueve mujeres y muchachas ante los jueces por ruptura de

contrato. Fueron condenadas cada una a seis peniques de multa y a dos chelines y seis peniques de gastos, con gran indignación del auditorio. Harrupp, a la salida del Audiencia, fue conducido a silbidos por la multitud»¹⁸.

Los tristes efectos de la fábrica y de la gran industria se hallan previstos siempre por los trabajadores, como lo demuestra la acogida que han hecho en cada circunstancia a las primeras máquinas:

«En el siglo diecisiete tuvieron lugar en casi toda Europa sublevaciones de obreros con ocasión de una máquina de tejer cintas y galones, inventada en Alemania, donde fue llamada Bandmühle o Bandstuhl. El abate Lancelotti refiere lo que sigue en un libro que apareció en Venecia en 1636: “Antonio Müller, de Danczig, ha visto en esta ciudad hace unos cincuenta años (Lancelotti escribía en 1579), una máquina muy ingeniosa, que ejecutaba de cuatro a seis tejidos a la vez; pero el Consejo Municipal, temiendo que esta invención redujese a la mendicidad a cierto número de obreros, suprimió la invención e hizo asfixiar o ahogar secretamente al inventor.”

»En 1629, fue empleada por primera vez esta misma máquina, en Leyde: los motines de los pasamaneros obligaron al Municipio a prohibirla. Boxhorn dice a este propósito: “En esta ciudad, inventó alguien, hace veinte años, una máquina de tejer, por medio de la cual un solo obrero puede fabricar más tela, y con más facilidad, que varios obreros en el mismo tiempo. Promoviéronse por esto disturbios y disputas entre

18 Marx, p. 183.

los tejedores, hasta que al fin el empleo de esa máquina fue prohibido por el magistrado. Después de haber dictado contra aquella máquina diversas órdenes que restringían su empleo, en 1632, 1639, etc., los Estados Generales de Holanda acabaron por permitir su empleo, bajo ciertas condiciones, por la orden del 15 de diciembre del año 1661.

»Esta máquina fue prohibida en Colonia en 1676, y su introducción en Inglaterra en la misma época provocó disturbios entre los tejedores. Un edicto imperial del 19 de febrero de 1685, prohibió su uso en toda Alemania. En Hamburgo fue quemada públicamente por orden del Consejo Municipal. El emperador Carlos VI renovó en febrero de 1719 el edicto de 1685, y solamente en 1765 fue permitido su empleo público en la Sajonia electoral.

»Esta máquina que ha metido tanto ruido en el mundo fue la precursora de las máquinas de hilar y de tejer, es decir, de la revolución industrial del siglo XIX. Permitía a un muchacho que no supiese nada del oficio de tejedor, poner en movimiento el aparato con todas sus lanzaderas, solamente con el vaivén de una manivela, y ejecutaba, en su forma perfeccionada, de cuarenta a cincuenta piezas a la vez.

»Hacia fines del primer tercio del siglo XVII una serrería de viento, instalada por un holandés en las proximidades de Londres, fue destruida por el populacho. A principios del siglo XVIII, las serrerías de agua, en Inglaterra, no triunfaron sino difícilmente de la resistencia popular sostenida por el Parlamento. Cuando Everen construyó, en 1758, la primera máquina de agua para tundir la lana, cien mil hombres privados por ella de su trabajo intentaron quemarla. Cincuenta

mil hombres que vivían de la cardadura de la lana protestaron cerca del Parlamento contra las máquinas de cardar de Arkwright. La destrucción de numerosas máquinas en los distritos fabriles de Inglaterra, durante los primeros quince años del siglo XIX, dieron al Gobierno el pretexto de violencias reaccionarias.

«Hace falta tiempo y experiencia antes de que los obreros, habiendo aprendido a distinguir entre la máquina y el empleo que de ella hace el capitalismo, dirijan sus ataques no ya contra el medio de producción, sino contra su forma social de explotación».

He ahí, pues, cuáles son los resultados de las máquinas y de la gran industria para los trabajadores. Estos son expulsados, por de pronto, en gran número de las fábricas, en las cuales ha ocupado su sitio la máquina. El pequeño número de los que quedan en ellas tienen que sufrir la humillación de verse arrancar de las manos la última herramienta de trabajo y de verse reducidos a la condición de siervos de la máquina; tienen que soportar la carga de una jornada de trabajo extraordinariamente aumentada; renunciar a sus mujeres y a sus hijos, convertidos en esclavos del capital y experimentar, finalmente, indecibles sufrimientos que ocasiona la tortura de un trabajo intensificado progresivamente por la loca pasión de la plusvalía que invade al capitalista en el período de la gran industria. Pero no faltan los teólogos para glorificar al dios Capital, explicando y justificándolo todo con lo que ellos llaman las «leyes eternas». Al grito desesperado de los trabajadores hambrientos por las máquinas, responden con el anuncio de una extraña «ley de compensación».

«Una falange de economistas burgueses, James Mill, Mac

Culloch, Torrens, Sénior, John Stuart Mill, etc., sostienen que la máquina, cuando arroja obreros de la fábrica, deja siempre disponible, simultánea y necesariamente, un capital propio para proporcionar una nueva ocupación a esos mismos obreros.

«Supongamos que en una manufactura de alfombras un capitalista emplea a 100 obreros, a cada uno de los cuales paga en salarios una suma anual de 30 libras esterlinas; el capital variable así desembolsado por él se eleva, por tanto, a 3.000 libras esterlinas. Despide a 50 obreros y emplea a los otros 50 en servir máquinas que le cuestan 1.500 libras esterlinas. Para simplificar el ejemplo, hago abstracción del edificio, del carbón, etc. Supongamos, además, que las materias primas empleadas cuestan, después como antes, 3.000 libras esterlinas al año. ¿Es que, mediante esta metamorfosis, se ha dejado disponible algún capital? En el antiguo sistema de explotación, el total de la suma empleada, capital constante y capital variable, era de 600 libras esterlinas. Ahora se compone de 4.500 libras esterlinas de capital constante (3.000 libras esterlinas para las materias primas, 1.500 para las máquinas), y de 1300 libras esterlinas de capital variable (para el salario de 50 obreros). El elemento variable ha quedado reducido de la mitad a una cuarta parte del capital total. Lejos de haber quedado disponible, un capital de 1.500 libras esterlinas, hállese, por el contrario, empeñado en una forma en la cual deja de ser permutable por la fuerza de trabajo, esto es, que de variable se ha hecho constante. En el porvenir, el capital total de 6.000 libras esterlinas no ocupará a más de 50 obreros, y ocupará un menor número a cada perfeccionamiento de la máquina.

»Si las máquinas nuevamente introducidas costaban menos que la suma de la fuerza de trabajo suprimida y de los útiles que empleaba, por ejemplo, 1.000 libras esterlinas en lugar de 1.500,

un capital variable de 1.000 libras esterlinas se hallaría transformado en capital constante, y hallaríase disponible un capital de 50 libras esterlinas. Este último, siendo el mismo el salario, podría permitir el ocupar a unos 16 obreros, mientras que ha desocupado a 50; y ni siquiera a 16, pues para ser transformadas en capital, las 500 libras esterlinas disponibles deberán ser empleadas en parte como capital constante, instrumentos de trabajo, materias primas, etc., y sólo quedará una parte que pueda ser utilizada, como capital variable, para pagar fuerza de trabajo.

»La construcción de la máquina proporciona trabajo a cierto número de obreros mecánicos que no lo habrían tenido sin esto; pero ¿es una compensación para los obreros de la manufactura de alfombras arrojados a la calle? En todos los casos, la construcción de la máquina ocupa menos obreros de los que su empleo desplaza. La suma de 1500 libras esterlinas que, para los obreros de la manufactura despedidos, sólo representaba salarios, representa, con relación a la máquina, tres elementos diversos: el valor proviene de los medios de producción necesarios a su construcción, el salario de los obreros mecánicos y la plusvalía embolsada por su dueño. Además, una vez construida, la máquina no deberá ser hecha de nuevo sino cuando haya dejado de existir, y, para ocupar de una manera permanente a los mecánicos que la han fabricado, será menester que otras manufacturas de alfombras reemplacen, uno tras otro, obreros por máquinas.

»Pero no es de una disponibilidad así entendida de lo que quieren hablar en realidad los teóricos de la compensación. Consideran otra cosa: los medios de subsistencia adherentes a los obreros despedidos. No puede negarse, en efecto, que, en

nuestro ejemplo, la máquina haya “hecho disponibles” no solamente a 50 obreros, sino que haya roto la relación entre éstos y los medios de subsistencia de un valor de 1300 libras esterlinas; estos medios de subsistencia, que los obreros no consumirán por falta de salario, han sido, por tanto, “hechos disponibles”. ¡He ahí el hecho en su triste realidad! Privar al obrero de sus medios de subsistencia, hacer “disponible” lo que debía alimentarle, esto se llama, en lenguaje de economistas, hacer disponible, por medio de la máquina, un capital destinado a hacer subsistir al obrero. Como se ve, todo depende de la manera de expresarse. *Nominibus mollire licet mals*: Está permitido paliar los males dándoles otro nombre».

VIII. EL SALARIO

Los defensores del sistema capitalista de producción pretenden que el salario es el pago del trabajo y la plusvalía del capital.

Pero ¿qué es el trabajo?

El trabajo, o bien se halla aún en el trabajador o bien ya ha salido de él; lo cual quiere decir que el trabajo, o bien es la fuerza, el poder de hacer una cosa o bien es esta cosa misma ya hecha; en suma, el trabajo es o bien la fuerza de trabajo o bien la mercancía. El trabajador no puede vender el trabajo salido ya de él, es decir, la cosa que ha producido, la mercancía, pues ésta pertenece al capitalista y no a él. Para que el trabajador pudiese vender trabajo ya salido de él, es decir, una mercancía producida por él, sería necesario poseer los medios de trabajo y las materias primas, y entonces sería vendedor de las mercancías que hubiera producido. Pero no posee nada, es un proletario que, para vivir, tiene necesidad de vender a otros el único bien que le queda, que es su poder de trabajador, su fuerza de trabajo. El capitalista no puede, pues, comprarle otra cosa que fuerza de trabajo.

Esta fuerza de trabajo, como todas las demás mercancías, tiene un valor de uso y un valor de cambio. El capitalista paga al trabajador el valor de cambio, o valor propiamente dicho, de la mercancía que éste le vende. Pero, con este pago, se encuentra que ha adquirido también el valor de uso de la mercadería que ha comprado. Ahora bien: el valor de uso de esta mercancía singular tiene una doble cualidad. La primera es la que tiene en común con el valor de uso de todas las demás mercancías, de satisfacer una necesidad, y la segunda es la que le es especial y que distingue a esta mercancía de todas las demás, la de crear valor.

Por lo tanto, el salario no puede representar otra cosa que el precio, no del trabajo, término vago y equívoco, sino de la fuerza de trabajo. Y la plusvalía no puede ser un producto del capital, porque el capital es una materia inerte, ya que en la mercancía se encuentra siempre en la misma cantidad de valor en que ha entrado; es una materia que no tiene punto de vida y que, dejarla a sí misma, sin la fuerza de trabajo, no podría tenerla nunca.

La fuerza de trabajo es la única que puede producir plusvalía. Es ella la que lleva al capital el primer germen de vida. Es la que conserva toda la vida del capital. Este no hace otra cosa que chupar, absorber después por todos los poros y finalmente aspirar con energía la plusvalía del trabajo.

Las dos formas principales del salario son el salario por tiempo y el salario a destajo.

El salario por tiempo es el que se paga por un tiempo dado: por una jornada, por una semana, por un mes, etc., de trabajo. Esto es sólo una transformación del precio de la fuerza de trabajo. En

lugar de decir que el obrero ha vendido su fuerza de trabajo de una jornada por 3 pesetas, dícese que el obrero trabaja por un salario de 3 pesetas por día.

El salario de 3 pesetas por día es, pues, el precio de la fuerza de trabajo por una jornada. Pero esta jornada puede ser más o menos larga. Si es de diez horas, por ejemplo, la fuerza de trabajo se paga a 30 céntimos por hora, mientras que si es de doce horas, se paga la fuerza de trabajo a 25 céntimos por hora. Por consiguiente, el capitalista, prolongando la jornada de trabajo, disminuye el precio que paga al obrero por su fuerza de trabajo. El capitalista puede aumentar también el salario, por continuar pagando al obrero, por su fuerza de trabajo, el mismo precio que antes o también un precio menor. Si un capitalista aumenta el salario de su obrero subiéndolo de 3 pesetas a 3,60 y prolonga al mismo tiempo la jornada de trabajo, que era de diez horas, aumentándola a doce horas, pagará siempre al obrero su fuerza de trabajo a razón de 30 céntimos por hora. Si el capitalista, subiendo el salario de 3 pesetas a 3,60, prolonga al mismo tiempo la jornada aumentándola de diez horas a quince, pagará al obrero su fuerza de trabajo menos que antes, es decir, a 24 céntimos por hora en lugar de a 30. El capitalista obtiene el mismo efecto cuando, en vez de aumentar la duración del trabajo, aumenta su intensidad, como hemos visto que puede hacerlo por medio de las máquinas. En suma, el capitalista, al aumentar el trabajo, logra engañar honradamente al obrero y puede hacerlo, dándose al mismo tiempo un aire de generosidad, por el aumento del salario cotidiano.

Cuando el capitalista paga al obrero por horas, halla aún el medio de engañarle, aumentando o disminuyendo el trabajo, pero pagando siempre honradamente el mismo precio por cada

hora de trabajo. Supongamos que el salario de una hora de trabajo es de 25 céntimos. Si el capitalista hace trabajar al obrero ocho horas, en lugar de doce, le pagará 2 pesetas en vez de 3, es decir, que le hará perder 1 peseta, la tercera parte de lo que es necesario al obrero para satisfacer sus necesidades diarias. Si, por el contrario, el capitalista hace trabajar al obrero catorce o dieciséis horas, en lugar de doce, aunque le pague 3,50 ó 4 pesetas en lugar de 3, toma al obrero dos o cuatro horas de trabajo a un precio inferior del que valen. En efecto, después de doce horas de trabajo las fuerzas del obrero han sufrido ya una disminución, y las dos o cuatro horas de trabajo hechas de más deben pagarse a otro precio que las doce primeras. Esta reclamación, presentada por los obreros, ha sido admitida en varias industrias, donde las horas de más del horario establecido se pagan a un precio más elevado.

Cuanto más mínimo es el precio de la fuerza de trabajo en el salario por tiempo, más largo es el tiempo de trabajo. Y está claro que así debe de ser. Si el salario es de 25 céntimos por hora en vez de 30, el trabajador tiene necesidad de hacer una jornada de doce horas, en lugar de hacer una de diez, para procurarse las 3 pesetas que reclama la satisfacción de sus necesidades diarias. Si el salario es de 2 pesetas por día, el trabajador tiene necesidad de hacer tres jornadas, en vez de dos, para procurarse lo que le es necesario para dos días solamente. Aquí la disminución del salario hace aumentar el trabajo; pero sucede también que el aumento de trabajo haga disminuir el salario. Con la introducción de las máquinas, por ejemplo, un obrero llega a producir el doble de lo que producía antes; entonces el capital disminuye el número de brazos y, por consiguiente, la oferta de la fuerza de trabajo aumenta y los salarios bajan.

El salario a destajo no es otra cosa que una transformación del salario por tiempo, como lo demuestra además el hecho de que estas dos formas de salario sean empleadas indiferentemente, no sólo en industrias distintas, sino también a veces en una misma industria.

Un obrero trabaja doce horas por día por un salario de 3 Pesetas y produce un valor de 6. Es indiferente decir que el obrero produce, en las seis primeras horas de su trabajo, las 3 pesetas de su salario, y, en las otras seis horas, produce las 3 pesetas de plusvalía; en efecto, podría decirse asimismo que el obrero produce, en cada media hora, 25 céntimos que representan una duodécima parte de su salario, y, en cada segunda media hora, 25 céntimos que representan una duodécima parte de la plusvalía. De igual modo, si el obrero produce, en doce horas de trabajo, veinticinco piezas de una mercancía determinada, y recibe 12 céntimos y medio por pieza, en total 3 pesetas, es exactamente como si se dijera que el obrero produce doce piezas para reproducir las 3 pesetas de su salario, y otras doce piezas para reproducir 3 pesetas de plusvalía; o también, que el obrero produce, en cada hora de trabajo, una pieza para su salario y otra pieza para beneficio de su patrono.

«En el trabajo a destajo, la calidad del trabajador es controlada por la misma labor, que debe de ser de una bondad mediana para que la pieza sea pagada al precio convenido. Con este sistema, el salario por destajo se convierte en una fuente inagotable de pretextos para hacer descuentos en la paga del obrero. Proporciona al mismo tiempo al capitalista una medida exacta de la intensidad del trabajo. El tiempo de trabajo que se incorpora en una cantidad de mercancías fijada por adelantado, y determinada experimentalmente, se considera solamente como

tiempo de trabajo socialmente necesario y sólo así es pagado. En los grandes talleres de sastres de Londres, una pieza dada, un chaleco por ejemplo, etc., se llama una hora, media hora, etc., siendo contada la hora a seis peniques. La práctica ha hecho conocer cuál es el producto medio de una hora. Trátese de una moda nueva, de reparaciones, etc., se promueve un debate entre el patrono y el obrero para saber si tal o cual pieza equivale a una hora, etc., hasta lo que haya pronunciado la experiencia. Lo mismo ocurre entre los ebanistas, etc. Si el obrero no posee la capacidad media de ejecución, si no puede entregar en su jornada cierto mínimo de obra, es despedido.

»Siendo así controladas la calidad y la intensidad del trabajo por la misma forma del salario, hácese superflua una gran parte del trabajo de vigilancia. Esta forma constituye así la base del trabajo a domicilio moderna y de todo un sistema jerárquicamente organizado de explotación y de opresión. Por una parte, el salario a destajo facilita la intervención de parásitos entre el capitalista y el obrero, el negociante. La ganancia del intermediario, del negociante, proviene únicamente de la diferencia entre el precio pagado por el capitalista por el trabajo ejecutado y la parte de este precio que el intermediario consiente en abonar al obrero. Este sistema tiene en Inglaterra el nombre característico de *sweating system* (sistema que hace sudar al trabajador). Por otra parte, el salario a destajo permite al capitalista establecer un contrato, para el pago de un tanto por pieza, con el obrero principal –en la manufactura con el jefe de un grupo, en la mina con el obrero que extrae el carbón, en la fábrica con el conductor de la máquina–, encargándose este obrero principal de ajustar y de pagar él mismo a sus auxiliares. La explotación de los trabajadores por el capital se realiza aquí por medio de la explotación del obrero por el propio obrero.

»Una vez establecido el salario a destajo, el interés personal mueve naturalmente al obrero a intensificar lo más posible sus esfuerzos de trabajo, lo cual facilita al capitalista una elevación del grado normal de la intensidad. Aun cuando este resultado se produzca por sí mismo, se emplean con frecuencia medios artificiales para asegurarlo más. En Londres, por ejemplo, entre los mecánicos, refiere Dunning, secretario de una Trade Union. «Es un truco habitual, por parte del capitalista, el elegir para jefe de cierto número de obreros a un hombre de una fuerza física y de una habilidad superiores a la normal. Se le paga cada trimestre un suplemento de salario a condición de que haga todo lo posible para suscitar la más viva emulación entre los trabajadores puestos bajo sus órdenes, que sólo reciben el salario ordinario.» El obrero está interesado también en prolongar la jornada de trabajo, porque ese es el medio de acrecentar su salario diario o semanal. Dedúcese de esto un contragolpe semejante al que ha sido descrito a propósito del salario por tiempo, sin contar que la prolongación de la jornada, aun cuando el salario a destajo permanezca constante, implica por sí mismo una disminución del precio del trabajo.

»El salario a destajo es el principal apoyo del sistema que consiste en asalar el trabajo por hora, en lugar de ajustar al obrero por jornada o por semanas.

»En los establecimientos sometidos a los *Factories Acts* (leyes sobre las fábricas)¹⁹, el salario a destajo es la regla general, porque allí el capital no tiene ya otro medio de aumentar la suma

19 Leyes que limitan, en Inglaterra, la duración de la jornada de trabajo a un número de horas determinado. (Nota de Cafiero.)

del trabajo cotidiano que intensificarlo»²⁰.

El aumento de la producción es seguido de la disminución proporcional del salario. Cuando el obrero producía doce piezas en doce horas, el capitalista le pagaba, por ejemplo, un salario de 25 céntimos por pieza. Si la producción es doble, el obrero produce veinticuatro piezas en lugar de doce, y el capitalista reduce el salario a la mitad, no pagando más que 12 céntimos y medio por pieza.

«Esta variación del salario, aunque puramente nominal, provoca continuas luchas entre el capitalista y el obrero, ya porque el capitalista lo toma como un pretexto para disminuir realmente el precio del trabajo, ya porque el aumento de productividad del trabajo va acompañado de un aumento de la intensidad de éste, o bien porque el obrero, tomando en serio la apariencia, creada por el salario a destajo, que es su producto el que se le paga y no su fuerza de trabajo, se rebela contra una disminución de salario que no va acompañada de una disminución correspondiente del precio de venta de la mercancía. El capital rechaza con razón semejantes pretensiones, como dictadas por un grosero error sobre la naturaleza del trabajo asalariado, y declara brutalmente que la productividad del trabajo no interesa al trabajador»²¹.

20 Marx, pp. 240–242.

21 Marx, p. 242.

IX. LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL

Si observamos la fórmula del capital, comprenderemos fácilmente que la conservación de éste estriba por completo en su reproducción sucesiva y continua.

En efecto, el capital se divide, como ya sabemos, en capital constante y en capital variable. El capital constante, representado por los medios de trabajo y las materias primas, sufre un desgaste continuo por efecto mismo del trabajo. Las herramientas se gastan; las máquinas se gastan también, así como el carbón, la grasa, etc., de lo cual tienen necesidad las máquinas; en fin, el edificio de la fábrica se gasta. Las materias primas son absorbidas. Pero al mismo tiempo que el trabajo gasta de esta suerte al capital constante, lo reproduce en las mismas proporciones en que lo consume. El capital constante se encuentra reproducido en la mercancía en la proporción en que ha sido consumido durante la fabricación de ésta. La porción de valor consumido de los medios de trabajo y de las materias primas es reproducida siempre exactamente en el valor de las mercancías, como ya lo hemos visto. Por tanto, si el capital constante es reproducido parcialmente en cada mercancía, es

evidente que, en el valor de un número determinado de mercancías producidas, se encuentra todo el capital constante consumido para su fabricación.

Con el capital variable ocurre lo propio que con el capital constante. El capital variable, el que es representado por el valor de la fuerza de trabajo, es decir, por el salario, se reproduce también exactamente en el valor de la mercancía. Ya lo hemos visto. El obrero, en la primera parte de su trabajo, reproduce su salario y en la segunda parte produce plusvalía. Como el salario no se le paga al obrero sino cuando ha terminado su trabajo, éste se encuentra con que no toca su salario sino después de haber reproducido ya su valor en la mercancía del capitalista.

El conjunto de los salarios pagados a los trabajadores es, por consiguiente, reproducido incesantemente por ellos. Esta incesante reproducción del fondo de los salarios perpetúa la sujeción del trabajador con respecto al capitalista. Cuando el proletario fue al mercado para vender allí su fuerza de trabajo, ocupó el lugar que le asigna el sistema de producción capitalista, contribuyendo a la producción social por la parte que le toca y recibiendo, para su manutención, del fondo de los salarios una fracción del capital variable que deberá reproducir, desde luego, mediante su trabajo.

Esta es siempre la eterna cadena que mantiene la sujeción humana, ya sea en forma de esclavitud, en la de servidumbre o bajo la de asalariado.

El observador superficial cree que el esclavo trabaja gratuitamente. No reflexiona que el esclavo tiene que resarcir ante todo a su amo de lo que éste gasta para mantenerlo, y se

observará que la manutención asegurada al esclavo es muy superior a veces a aquella con que el asalariado se ve obligado a darse por satisfecho, porque el amo del esclavo se halla sumamente interesado en la conservación de éste, como en la de una parte de su capital. El siervo, que, así como la tierra a la cual se halla ligado, pertenece a su señor, es, para el observador superficial, un ser cuya condición se halla en progreso sobre la del esclavo, porque se ve claramente que el siervo no da a su amo sino una parte de su trabajo, en tanto que emplea la otra parte a extraer de la exigua porción que se le asigna sus medios de subsistencia. Y el asalariado, a su vez, aparece ante el observador superficial como un estado mucho más superior a la servidumbre, porque el trabajador parece, en este estado, perfectamente libre, y parece recibir el valor del trabajo ejecutado por él.

¡Extraña ilusión! Si el trabajador pudiera efectivamente realizar por sí mismo el valor de su trabajo, entonces el sistema de producción capitalista no podría existir más. Ya lo hemos visto. El trabajador no puede obtener nada más que el valor de su fuerza de trabajo, única cosa que puede vender, porque es el único bien que posee en el mundo. El producto de su trabajo pertenece al capitalista, el cual paga al proletario el salario, es decir, su manutención. Del mismo modo, el pedazo de tierra dejado al siervo por su señor, así como el tiempo y los instrumentos necesarios para cultivarlo, representan la suma de medios que el siervo tiene para vivir, mientras que tiene que trabajar todo el resto del tiempo para su señor.

El esclavo, el siervo y el obrero trabajan, los tres, en parte para producir lo necesario a su manutención y en parte para beneficio de su amo. Representan tres formas diversas de la misma cadena de sujeción y de explotación humana. Es siempre el

sometimiento del hombre desprovisto de toda acumulación anterior (es decir, de los medios de producir, que son los medios de vivir) al hombre que posee una acumulación antigua, los medios de producción, las fuentes de la vida²², la conservación del capital, es decir, su reproducción, es precisamente, en el sistema de producción capitalista, la conservación de esa cadena de sujeción y de explotación humana.

Pero el trabajo no produce solamente el capital: produce además plusvalía que forma lo que se llama renta²³ del capital. Si el capitalista añade todos los años toda o parte de su renta a su capital, tendremos una acumulación de capital y éste irá acrecentándose. Mediante la simple reproducción, el trabajo conserva el capital y con la acumulación de la plusvalía, el trabajo engruesa el capital.

Cuando la renta se añade al capital, esta renta se encuentra empleada en parte en medios de trabajo, en parte en materias primas y en parte en fuerza de trabajo. Este es el sobretrabajo pasado, el trabajo pasado y no pagado que engruesa al capital. Una parte del trabajo no pagado del año transcurrido paga el trabajo necesario del año presente. He ahí lo que logra hacer el capitalista gracias al ingenioso mecanismo de la producción moderna.

Una vez admitido el sistema de producción moderna, fundado

22 Cafiero parafrasea aquí un pasaje del Preámbulo de los estatutos generales de la Internacional, redactado por Marx, pasaje reproducido de manera incompleta en el texto francés de los estatutos, y cuyo texto inglés es el siguiente: “The economical *subjection of the man of labour to the monopolizer of the means of labour, that is the sources of life, lies at the bottom of servitude in all its forms...*” (J. G.)

23 Este término de *renta* (que significa lo que *rinde* el capital, lo que el capital *produce*) expresa la falsa concepción que representa al capital como productivo. (J. G.)

por entero sobre la propiedad individual y sobre el asalariado, nada puede hallarse que desapruuebe las consecuencias que de ello se derivan, una de las cuales es la acumulación capitalista. ¿Qué le importa al obrero Antonio que las tres pesetas que sirven para pagar su salario representen el trabajo no pagado del obrero Pedro? Lo que tiene derecho a saber, es si tres pesetas son el justo precio de su fuerza de trabajo, es decir, si con el equivalente exacto de las cosas que le son necesarias para un día y, en una palabra, si la ley de los cambios ha sido observada rigurosamente.

Cuando el capitalista comienza a acumular capital sobre capital, una nueva virtud, que le pertenece propiamente, se desarrolla en él: la virtud que se llama la abstinencia y que consiste en limitar lo más posible sus gastos a fin de emplear la mayor parte de su renta para la acumulación.

«Como la voluntad del capitalista y su conciencia sólo reflejan las necesidades del capital que representa, aquél no podría ver en su consumo personal sino una especie de robo, o de préstamo al menos, hecho a la acumulación. Y, en efecto, la teneduría de libros por partida doble hace figurar los gastos particulares en el pasivo, como sumas debidas por el capitalista al capital. La acumulación, es la conquista del mundo y de la riqueza social. Al aumentar el número de sus súbditos, extiende la dominación directa e indirecta del capitalista al que instiga una ambición insaciable.

»Lutero demuestra muy bien, con el ejemplo del usurero –esa forma antigua del capitalista, pero que se encuentra aún en estado esporádico–, que el deseo de dominio es un elemento de la pasión de enriquecerse: “Los paganos, guiados por la simple razón, han podido calificar al usurero de cuádruple ladrón y de

asesino. Pero nosotros, los cristianos, le tenemos en tal honor, que casi le adoramos a causa de su dinero. El que roba, hurta y devora el alimento ajeno realiza un asesinato tan grande (tanto como se halla a su alcance) como el que hace morir de hambre y extermina a su prójimo. Ahora bien, esto es lo que hace un usurero y, no obstante, permanece sentado con toda seguridad en su poltrona, mientras que en buena justicia debiera ser colgado en la horca y devorado por tantos cuervos como escudos ha robado, suponiendo que tuviese bastante carne para que tantos cuervos pudiesen tener un trozo de ella cada uno. Los ladronzuelos son encadenados y los grandes ladrones se pavonean entre el oro y la seda. No existe sobre la tierra mayor enemigo de los hombres (después del diablo) que un avaro y un usurero, pues quiere ser dios sobre todos los hombres. Los turcos, los guerreros y los tiranos son también una maligna ralea, pero es menester, sin embargo, que dejen vivir a las gentes y confiesen que son perversos y enemigos, y también pueden a veces haber tenido lástima de algunas personas. Pero un usurero, un avariento, desearía que todo el mundo estuviera agobiado de hambre y de sed, de dolor y de miseria, para que todo le perteneciera a él solo y para que cada cual no recibiera nada sino de él, como de un dios, y fuese su siervo para siempre. Lleva una capa, cadenas de oro, sortijas y se hace pasar por un hombre piadoso y honrado. El usurero es un monstruo horrible, peor que un ogro devorador... Y si se enroda y se decapita a los salteadores de caminos y a los asesinos, ¡con cuanta más razón debiera expulsarse, maldecir, enrodar y decapitar a los usureros!»²⁴.

La acumulación capitalista reclama un aumento de brazos. Precisa que aumente el número de los trabajadores para que una

24 Marx, p. 259-260.

parte de la renta pueda ser convertida en capital variable. El propio organismo de la reproducción capitalista hace de suerte que el trabajador pueda conservar su fuerza de trabajo por medio de la nueva generación donde la toma el capital para continuar su obra de reproducción incesante. Pero el trabajo que reclama hoy el capital es superior al que reclamaba ayer y, por consiguiente, su precio debería aumentar por modo natural. Y los salarios aumentarían, en efecto, si en la propia acumulación del capital no existiese una razón para hacerles, por el contrario, disminuir.

La porción de la renta que se añade anualmente al capital conviértese, como hemos visto, parte en capital constante y parte en capital variable, es decir, parte en medios de trabajo y en materias primas y parte en fuerza de trabajo. Pero hay que considerar que, simultáneamente con la acumulación del capital, se producen los perfeccionamientos de los antiguos sistemas de producción, los nuevos sistemas de producción y las máquinas, todo lo que hace aumentar la producción y disminuir el precio de la fuerza de trabajo, como ya lo sabemos. A medida que crece la acumulación del capital su parte variable disminuye, mientras que aumenta su parte constante. Esto es, que se ven aumentar los edificios, las máquinas con sus materias auxiliares y las materias primas del trabajo, pero al mismo tiempo, y a proporción de ese aumento, con la acumulación del capital disminuye la necesidad de la fuerza de trabajo y la necesidad de brazos. Al disminuir la necesidad de la fuerza de trabajo, disminuye la demanda de esta fuerza y, finalmente, disminuye también su precio. Resulta de esto que cuanto más progresa la acumulación del capital más bajan los salarios.

La acumulación del capital adquiere vastas proporciones por

medio de la concurrencia y del crédito. El crédito lleva espontáneamente a un gran número de capitales a fundirse en uno solo, o más bien a fundirse con un capital más fuerte que cada uno de ellos en particular. La concurrencia, por el contrario, es la guerra que se hacen todos los capitales entre sí; es su lucha por la existencia, de la cual salen más fuertes aún los que, para vencer, habían debido ser ya los más fuertes.

La acumulación del capital inutiliza, por tanto, a un gran número de brazos; es decir, que crea por excedente relativo –no absoluto– de población entre los trabajadores²⁵.

«Y, mientras que el progreso de la acumulación de la riqueza sobre la base capitalista produce necesariamente una sobrepoblación obrera relativa, ésta conviértese a su vez en la palanca más potente de la acumulación y en una condición de existencia de la producción capitalista en su estado de desarrollo integral. Forma un ejército industrial de reserva, que pertenece al capital de una manera tan absoluta cual si lo hubiera instruido y disciplinado a sus propias expensas. Proporciona la materia humana siempre explotable y disponible para la fabricación de la plusvalía.... Tan sólo bajo el régimen de la gran industria es cómo la producción de un exceso de población obrera truécase en un resorte regular de la producción de las riquezas.»

Este ejército industrial de reserva, este exceso de población

25 Marx dice a propósito de este excedente *relativo* de población obrera: “La ley del decrecimiento proporcional del capital variable y de la disminución correspondiente en la demanda de trabajo... da por resultado la producción de una sobrepoblación relativa. La llamamos relativa, porque proviene, no de un acrecentamiento positivo y absoluto de la población obrera, sino de que, con relación a las necesidades del capital, una parte de la población obrera se ha hecho superflua e inutilizable y constituye, por consiguiente, un excedente relativo.” (J. G.)

obrero, reviste de una manera general tres formas, que pueden denominarse la forma flotante, la forma latente y la forma estancada. La primera forma es la mejor pagada, sufre menos que las demás por la falta de trabajo, ejecutando una labor menos penosa. La última forma, por el contrario, está compuesta de trabajadores que son ocupados más rara vez que los otros, y siempre en un trabajo más fatigoso y más repugnante que se les paga al precio más bajo con que pueda ser retribuido el trabajo humano. Esta última forma es la más numerosa, no solamente a causa del gran contingente que le envía todos los años el progreso industrial, sino sobre todo porque se halla compuesta de gentes más prolíficas, como lo demuestra el mismo hecho.

«Dice Adam Smith: “La pobreza parece favorable a la generación.” Existe también una disposición particularmente sabia de la Providencia, según el galante y espiritual abate Galiani: “Dios hace que los hombres que ejercen las profesiones de primera utilidad nazcan abundantemente.” Laing demuestra, por la estadística, que “la miseria, instigada también hasta el punto en que engendra el hambre y las epidemias, tiende a aumentar la población en lugar de detener su desarrollo”²⁶.

»Por debajo de estas tres formas, sólo queda el último residuo del exceso de población relativa que habita el infierno del pauperismo. Excepción hecha de los vagabundos, de los criminales, de las prostitutas, de los mendigos y de todo ese mundo que constituye propiamente hablando el proletariado de los miserables (das Lumpenproletariat), esa capa social se compone de tres categorías. La primera comprende obreros capaces de trabajar. Basta echar una ojeada a las estadísticas del

26 Marx, p. 284.

pauperismo inglés para ver que su masa se engruesa en cada crisis y que disminuye en cada reanudación de los negocios. La segunda categoría comprende a los huérfanos y a los hijos de indigentes asistidos. Estos son candidatos al ejército industrial de reserva, que, en las épocas de gran prosperidad, son reclutados prontamente y en masa en el ejército activo. La tercera categoría comprende a los caídos, a los degradados y a las personas incapaces de todo trabajo; son éstos, por una parte, los que la división del trabajo ha privado de la ocupación que les hacía vivir; luego aquellos cuya edad ha sobrepasado el límite normal de la vida del obrero; en fin, las víctimas de la industria, cuyo número va creciendo con el de las máquinas peligrosas, de las explotaciones mineras de las fábricas de productos químicos, etcétera, lisiados, enfermos, viudas, etc.

»El pauperismo es el hotel de los inválidos del ejército activo del trabajo y el peso muerto del ejército industrial de reserva. Prodúcese por la causa que engendra el exceso de población relativa, su necesidad resulta de la necesidad de ésta y forma, como ella, una condición de existencia de la producción capitalista y del desarrollo de la riqueza.

»Compréndese, pues, toda la necedad de la prudencia economista que predica a los obreros que acomoden su número a las necesidades del capital. Es también el mecanismo de la producción y de la acumulación capitalistas el que acomoda constantemente este número a sus necesidades. La primera palabra de esta acomodación, es la creación de un exceso de población relativo o ejército industrial de reserva; su última palabra, es la miseria de capas sociales siempre en aumento del ejército activo del trabajo y es el peso muerto del pauperismo.

»La ley en virtud de la cual el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo hace disminuir progresivamente el gasto de fuerza de trabajo, por razón de la eficacia acrecida y de la masa aumentada de los medios de producción, esa ley que pone al hombre social en estado de producir más con menos trabajo, llega, en régimen capitalista –donde los medios de producción no se hallan al servicio del trabajador, sino que es más bien el trabajador quien se halla al servicio de los medios de producción– a esta consecuencia enteramente contraria: que, cuanto más ganan los medios de producción en recursos y en potencias, más aumenta el número de los obreros sin empleo y más precaria se hace, por consiguiente, la condición de existencia del asalariado y la venta de su fuerza de trabajo.

»El análisis de la producción de la plusvalía relativa ha demostrado que todos los métodos para acrecentar la fuerza productora del trabajo se desarrollan, en régimen capitalista, a costa del trabajador individual; que todos los medios para aumentar la producción se transforman en medios de servidumbre y de explotación del productor; que mutilan al obrero haciendo de él un hombre fragmentario, que le degradan a la cualidad de simple apéndice de la máquina; que roban al trabajo su contenido y hacen de él un sufrimiento; que aíslan al obrero de las potencias intelectuales de la producción, siendo la ciencia, con respecto a él, una potencia extraña y hostil; que hacen más anormales cada vez las condiciones en que debe trabajar; que le someten, durante el trabajo, a un despotismo tan mezquino como odioso; que prolongan, para él, la duración del trabajo hasta el punto de no dejarle tiempo ya de vivir, y que arrojan a su mujer y a sus hijos bajo las ruedas del carro de Djaggernath del dios capital.

»El monje veneciano G. Ortes, uno de los principales economistas del siglo XVIII, ve en el antagonismo inherente a la producción capitalista una ley general natural que regula la riqueza social. Dice: “En lugar de proyectar sistemas inútiles para la felicidad de los pueblos, me limitaré a buscar la razón de su infortunio... En una nación, el bien y el mal económico se equilibran siempre; la abundancia de los bienes en unos es siempre igual a la falta de estos bienes en los otros. La gran riqueza de un pequeño número va siempre acompañada de la privación de lo necesario en un número mucho mayor.” La riqueza de una nación –añade– corresponde a su población y su miseria corresponde a su riqueza. El trabajo en unos produce la ociosidad en los otros. Los pobres y los ociosos son frutos necesarios de la existencia de los ricos y de los laboriosos.

«Diez años después de Ortes, un eclesiástico protestante de la Alta Iglesia, Townsend, glorificaba brutalmente la pobreza como la condición necesaria de la riqueza: «Una obligación legal del trabajo ocasionaría mucha fatiga, violencia y ruido, mientras que el hambre no solamente ejerce una presión tranquila, silenciosa y continua, sino que también, como móvil natural de la industria y del trabajo, suscita el más poderoso esfuerzo.» Sólo se trata, por tanto, de hacer el hambre permanente en la clase obrera, y, según Townsend, el principio de población²⁷ que es particularmente activo en los pobres, se encarga de ello. «Esto parece ser una ley de la naturaleza, el que los pobres tengan siempre cierto grado de imprevisión, de suerte que siempre se hallan en cantidad suficiente para la ejecución de las funciones más repugnantes y más abyectas de la comunidad.

27 Trátase aquí de lo que se ha llamado la *ley de Malthus*, según la cual la población aumenta con mayor rapidez de la que puede aumentarse la cantidad de las subsistencias. (J. G.)

El fondo de la felicidad humana aumenta considerablemente debido a esto, los más delicados quedan exentos de esas rudas faenas y pueden ocuparse sin trabajo en ocupaciones de más relieve... Las leyes de los pobres²⁸ tienden a destruir la armonía y la belleza, la simetría y el orden de este sistema que Dios y la naturaleza han establecido en el mundo.»

»Si el monje veneciano hallaba en la fatalidad económica de la miseria la razón de ser de la caridad cristiana, del celibato, de los conventos, etc., el reverendo inglés halla en ello, por el contrario, un pretexto para condenar los auxilios concedidos a los pobres.

»Dice Storch: «El progreso de la riqueza social produce esa clase útil de la sociedad... que se dedica a las ocupaciones más enojosas, más bajas y más repulsivas; que toma, en una palabra, sobre sus hombros todo lo que la vida tiene de desagradable y de envilecedor, y que procura por ende a las demás clases el ocio, los goces del espíritu y la dignidad convencional del carácter.» Luego, después de haberse preguntado qué ventajas obtiene esta civilización capitalista, con la miseria y la degradación que impone a las masas, oferta a la barbarie, sólo halla una sola que mencionar: ¡la seguridad!

»Finalmente, Destutt de Tracy dice simplemente: “Las naciones pobres son donde el pueblo está a gusto, y las naciones ricas son donde ordinariamente es pobre” »²⁹.

Vamos a ver ahora, con los hechos, cuáles son los efectos de la

28Las leyes de los pobres (*Poor Laws*) tienen por objeto el remediar el pauperismo por medio del “impuesto de los pobres” (*Poor Tax*) y de las “casas de trabajo” (*Workhouses*), (J. G.)

29 *Marx*, pp. 284-286.

acumulación del capital. Aquí, como anteriormente, todos los ejemplos son tomados de Inglaterra, el país por excelencia de la acumulación capitalista, hacia la cual (hay que repetirlo y no debe olvidarse nunca) tienden todas las naciones modernas. Lamentamos no poder reproducir sino una pequeña parte de los numerosos materiales recogidos por Marx:

«En 1863, el Consejo privado ordenó que fuera realizada una investigación» bajo la dirección de su médico oficial el doctor Simón, sobre la angustia de la parte peor alimentada de la clase obrera inglesa. Fue convencido que se tomaría por regla, en esta investigación, el elegir, en cada categoría, las familias más sanas y relativamente las mejor situadas. Y el resultado general al cual se llegó fue éste: en los obreros urbanos cerca de los cuales se realizó la investigación, en una clase solamente el consumo de azoe sobrepasaba, y en escasísima proporción, el minimum absoluto por debajo del cual se producen las enfermedades causadas por la inanición; en dos clases existía déficit y en una de ellas el déficit era considerable, tanto en alimentación azoada como en alimentación carbonada, en los obreros agrícolas, más de una quinta parte recibía menos de la ración indispensable de alimentación carbonada y más de una tercera recibía menos de la ración indispensable de alimentación azoada: finalmente, en tres condados (Berkshire, Oxfordshire y Somersetshire) el minimum de alimentación azoada no era alcanzado en ninguna parte. Entre los trabajadores de la agricultura, los que estaban peor alimentados eran los de Inglaterra, que es, sin embargo, la parte más rica del Reino Unido. En la población agrícola, la insuficiencia de alimentación había sido comprobada principalmente en las mujeres y en los niños, pues «es menester que el hombre coma para poder efectuar su trabajo». Una penuria mucho mayor aún hacía sus estragos en ciertas

categorías de obreros urbanos: «Están tan mal alimentados, que los casos de privaciones crueles y ruinosas para la salud deben de ser numerosas necesariamente.»

“En su informe general, el doctor Simón se expresa así: «Todo el que esté acostumbrado a tratar enfermos pobres o los de los hospitales podrá dar testimonio de que los casos en que la falta de alimentación produce enfermedades o las agrava, son innumerables... Desde el punto de vista sanitario, otras circunstancias decisivas vienen a añadirse a esto... Hay que recordar que toda reducción en el alimento sólo se soporta de mala gana y que en general la dieta forzosa no es aceptada sino después que uno se ha impuesto previamente otras muchas privaciones de todo género. Mucho antes que la insuficiencia de alimentación vaya a pesar en la balanza higiénica, mucho antes que el fisiólogo piense en contar las dosis de ázoe y de carbono entre las cuales oscila la vida y la muerte por inanición, otro confort material ha desaparecido ya del hogar doméstico. El vestido y la calefacción habrán sido reducidos aún mucho más que la alimentación. Protección insuficiente contra los rigores de la temperatura; reducción de la vivienda a un grado en que engendra enfermedades o las agrava; apenas un vestigio de muebles o de utensilios de menaje. El propio asco se ha hecho muy costoso o difícil. Si, por respecto a sí mismo, se hacen todavía algunos esfuerzos para consérvalo, cada uno de estos esfuerzos representa una agravación del hambre. Se habitará allí donde los alquileres son los más bajos, en los barrios en que la acción de la policía sanitaria es nula, donde existen más cloacas infectas, menos circulación, más inmundicias en plena calle, menos agua o el agua más mala, y, si es en una ciudad, donde hay menos aire y menos luz. Tales son los peligros a que se halla expuesta la indigencia de manera inevitable, cuando esta indigencia implica

la carencia de alimentos. Si la suma de estos males pesa con un peso aterrador sobre la vida, la falta de alimentación, por sí sola, es una cosa terrible... Ocúrranse ideas angustiosas, sobre todo si uno se acuerda que la pobreza de que se trata no es la pobreza merecida que produce la holganza. Es la pobreza de gentes que trabajan. En lo que atañe a los obreros urbanos, el trabajo a cuyo precio obtienen su mísera pitanza es prolongado generalmente más allá de toda medida. Y, sin embargo, sólo puede decirse que les permite vivir en un sentido muy relativo. Su trabajo les conduce, por rodeos más o menos largos, hacia el pauperismo.»

«Todo observador imparcial ve que cuanto más crece la concentración de los medios de producción, más se incrementa también la aglomeración de los trabajadores sobre un espacio restringido: resulta de esto que cuanto más rápida es la acumulación capitalista, más miserables son las condiciones de vivienda del obrero. Todos vemos que los «embellecimientos» de las ciudades que acompañan al acrecentamiento de la riqueza: demolición de los barrios mal edificados, construcción de palacios para los bancos, almacenes, etc., ensanche de las calles para la circulación comercial y los vehículos de lujo, introducción de ferrocarriles urbanos, etc., tienen por resultado el arrinconar a los pobres en sitios más y más insalubres y cada vez más llenos de obstáculos. Citemos una observación general del doctor Simón: «Aunque mi punto de vista oficial sea exclusivamente físico, la más simple humanidad no permite cerrar los ojos sobre el otro lado del mal. Llegado a cierto grado, implica casi necesariamente tal negación de toda delicadeza, una promiscuidad tan insana de cuerpos y de funciones corporales, tal ostentación de desnudeces, que nos encontramos en el dominio de la bestialidad y no de la humanidad. Hallarse sometidos a estas influencias es una degradación que se hace más profunda a

medida de su duración. Para los niños nacidos en ese medio maldito es un bautismo de infamia (baptism into infamy). Y es ilusionarse con la más vana ilusión el esperar que personas situadas en semejantes condiciones puedan aspirar a esta atmósfera de civilización cuya esencia es el aseo físico y moral»³⁰.

»Los nómadas del proletariado se reclutan en los campos, pero sus ocupaciones son en su mayor parte industriales. Es la infantería ligera del capital, lanzada, según las necesidades, ya sobre un punto o ya sobre otro. El trabajo nómada se emplea en diversas operaciones de construcción, de desagüe, en la fabricación de ladrillos, en el servicio de los hornos de cal, en el de los ferrocarriles, etc. Columna móvil de la pestilencia, lleva, a los lugares en cuya proximidad asienta su campo, la viruela, la fiebre tifoidea, el cólera, la escarlatina, etc. En las empresas que exigen un anticipo considerable de capitales, como la construcción de ferrocarriles, etc., el contratista provee generalmente por sí mismo a su ejército de barracones de tablas, etc., pueblos improvisados, sin ninguna precaución de salubridad fuera de la vigilancia de la autoridad local, pero fuente de grandes beneficios para el señor contratista, que explota doblemente a sus obreros, como soldados de la industria y como inquilinos. Según que el barracón tenga uno, dos o tres huecos, su habitante debe pagar uno, dos o tres chelines por semana.

»En septiembre de 1864, dice el doctor Simon, fueron denunciados los hechos siguientes al ministro del Interior por el comité de policía sanitaria de la parroquia de Sevenoaks: un año antes, la viruela era aún completamente desconocida en esta parroquia. Poco antes de esta fecha fueron comenzados trabajos

30 Marx, p. 289-290.

para la construcción de un ferrocarril desde Lewisham a Tunbridge. En esta última ciudad, en cuya proximidad se ejecutaban los trabajos más importantes, fue instalado el depósito principal de toda la empresa. Vista la imposibilidad de alojar en las cabañas disponibles a todo el numeroso personal ocupado en las obras, el contratista hizo construir barracones a lo largo de la vía, desprovistos de ventilación y de tubos de desagüe, y, además, obstaculizados necesariamente, pues cada inquilino tenía que alojar con él a toda su familia. Por numerosa que fuese, aun cuando los barracones sólo tuviesen dos piezas. El informe médico expone que aquellas pobres gentes, para evitar las exhalaciones pestilenciales de las aguas sucias estancadas y de las letrinas colocadas debajo de sus ventanas, veíanse obligadas a tener puertas y ventanas herméticamente cerradas y a sufrir así durante la noche todos los tormentos de la sofocación. Un médico, encargado de una investigación, calificó en términos severos el estado de aquellas llamadas habitaciones, y declaró que eran de temer las consecuencias más funestas si no se tomaban inmediatamente medidas de salubridad. El contratista habíase comprometido a preparar una casa para las personas que fuesen atacadas de enfermedades contagiosas, pero no ha cumplido su promesa, aunque se hubieran declarado varios casos de viruela en barracones cuyas condiciones fueron descritas como espantosas. Desde hace un mes, el hospital de la parroquia hállase atestado de enfermos. En una sola familia han muerto cinco niños de la viruela y de la fiebre. Desde el 1º de abril al 1º de septiembre hubo diez casos de muerte debidos a la viruela, cuatro de los cuales en las barracas, foco del contagio. No es posible indicar la cifra exacta de los casos de enfermedad, porque las familias en que se producen hacen cuanto pueden para ocultarlos

Veamos ahora los efectos de las crisis en la parte mejor pagada de la clase obrera. He aquí lo que refiere el corresponsal del diario el *Morning Star*, que en enero de 1867, con ocasión de una crisis industrial, visitó las principales localidades afectadas:

«En el arrabal este de Londres, más de quince mil obreros se encuentran, con sus familias, reducidos a la más extremada miseria; entre ellos hay más de tres mil mecánicos, trabajadores escogidos... Me ha costado mucho trabajo llegar hasta la puerta del workhouse de Poplar, que asediaba una multitud hambrienta. Aguardaba bonos de pan, pero la hora de la distribución no había llegado todavía. En el patio, todo lleno de nieve, algunos hombres, abrigados bajo un cobertizo, estaban ocupados en machacar piedras para el afirmado «boisseaux» (el «boisseaux» equivale a unos 36 centímetros cúbicos), y recibía por su jornada 3 peniques (3 céntimos) y un bono de pan.

En otro lugar del patio veíase una pequeña choza deteriorada. Habiendo abierto la puerta, hallamos aquel reducto lleno de hombres apretados unos contra otros, espalda contra espalda, para darse calor. Deshilaban cabos de barco y, cifraban su amor propio en trabajar el mayor tiempo posible con un mínimo de alimentación. Sólo aquel workhouse distribuía socorros a siete mil personas, muchas de las cuales habían ganado, hace seis o siete meses, los salarios más elevados que puedan obtenerse en aquel país. Su número hubiera sido doble si no existiesen tantas personas que, después de haber consumido todas sus economías, retroceden no obstante ante el recurso a la parroquia, mientras tengan todavía alguna cosa que empeñar...

»Después de haber salido del workhouse entré en la casa de un obrero metalúrgico que estaba sin trabajo desde hacía veintisiete

semanas. Le hallé sentado con toda su familia en una habitación de la parte posterior.

La habitación no estaba aún completamente desprovista de muebles y había fuego. Este era indispensable para impedir que se helasen los pies desnudos de los niños, pues hacía un frío terrible. Sobre un plato y delante del fuego había cierta cantidad de estopa que debían hilar la mujer y los niños a cambio del pan recibido del workhouse. El hombre trabajaba en uno de los patios descritos anteriormente por un bono de pan y tres peniques al día. Acababa de llegar para la comida de mediodía, teniendo un gran apetito, como nos dijo con amarga sonrisa, y su comida se componía de algunas rebanadas de pan con manteca de cerdo y de una taza de té sin leche.

»La segunda puerta a la cual llamamos nos fue abierta por una mujer de edad media, que, sin decirnos una palabra, nos condujo a una pequeña habitación posterior donde estaba sentada toda su familia, silenciosa y con los ojos fijos en un fuego que acababa de extinguirse. Aquellas personas y su pequeña habitación ofrecían tal espectáculo de abandono y de desesperación, que no deseo volver a ver nunca una escena semejante. «No han ganado nada, señor –me dijo la madre señalando a los hijos–, nada, desde hace veintisiete semanas, y todo nuestro dinero se ha ido, todo el dinero que el padre y yo habíamos ahorrado en tiempos mejores, figurándonos que así garantizábamos la seguridad del porvenir. Vea usted –exclamó con acento casi salvaje, y al mismo tiempo nos mostraba una libreta de banco en la cual estaban inscritas regularmente todas las sumas entregadas y retiradas, de suerte que pudimos ver cómo el pequeño peculio había comenzado por un primer depósito de cinco chelines para aumentar poco a poco hasta veinte libras esterlinas; después

habíase fundido gradualmente, de libras esterlinas en chelines y de chelines en peniques, hasta que el último reintegro hubo transformado la libreta en un simple papel sin valor. Esta familia recibía diariamente una exigua comida del workhouse...

»En otra casa encontré a una mujer enferma de inanición, extendida y enteramente vestida sobre un colchón y cubierta apenas con un trozo de alfombra, pues toda la ropa de cama estaba en el monte de piedad. Sus miserables hijos, que la cuidaban, tenían el aspecto de necesitar ellos más bien los cuidados maternales. Refirió la historia de su pasado de miseria, sollozando como si hubiera perdido toda esperanza de un porvenir mejor... Llamado a otra casa, hallé en ella a una mujer joven y a dos lindos niños, un paquete de resguardos del monte de piedad y una habitación completamente desnuda; he ahí todo lo que tenían que enseñarme.

»Entre los capitalistas ingleses está de moda el pintar a Bélgica como el paraíso del obrero, porque la libertad de trabajo no es allí obstaculizada ni por el despotismo de los Trade Unions ni por leyes sobre las fábricas.

M. Ducpétiaux, inspector general de las prisiones y de los establecimientos de beneficencia belgas, nos informa a este propósito en su obra *Presupuesto económico de las clases obreras en Bélgica* (Bruselas, 1855). Hallamos en ella un paralelo entre el régimen de una familia obrera belga normal y el del soldado, del marino del Estado y del prisionero. Todos los recursos de la familia obrera, exactamente calculados, se elevan anualmente a 1.068 francos. He aquí el presupuesto anual de la familia:

	<u>Francos</u>	<u>Francos</u>
El padre, 300 días	1'56	468
La madre, 300 días	0'89	267
El hijo, 300 días	0'56	168
La hija, 300 días	0'55	165
		<hr/>
Total anual ...		1.068

»El desembolso anual de la familia y su déficit se elevarían a las cifras abajo indicadas, suponiendo que el obrero tuviese la alimentación del marino, del soldado o del prisionero³¹:

	<u>Gasto</u>	<u>Déficit</u>
Primer caso (marino)	fr. 1.828	fr. 760
Segundo caso (soldado)	» 1.473	» 405
Tercer caso (prisionero)	» 1.112	» 44

«En 1863 fue realizada en Inglaterra una inspección oficial sobre la alimentación y el trabajo de los condenados al transporte y a los trabajos forzados. Una comparación establecida entre la clase común de los penados ingleses y la de los pobres del workhouse y de los trabajadores agrícolas ha demostrado que los primeros se hallan mucho mejor alimentados que una y otra de estas dos clases de trabajadores, y que la suma de trabajo exigido a un condenado a

31 Marx, p. 295-296.

trabajos forzados no es apenas más que la mitad de la que realiza por término medio el obrero agrícola»³².

«Un informe sobre la salud pública, de 1865, hablando de una visita hecha durante la epidemia entre campesinos cita, entre otros, el hecho siguiente: «Una joven enferma de la fiebre estaba acostada en la misma habitación que su padre, su madre, su hijo ilegítimo, sus dos jóvenes hermanos y sus dos hermanas, cada una de ellas con un hijo bastardo, en total, diez personas. Algunas semanas antes, trece niños dormían en esta misma habitación»³³.

Las modestas proporciones de este compendio no nos permiten reproducir aquí la exposición detallada del estado horrible al cual se hallan reducidos los campesinos en Inglaterra. Terminaremos este capítulo hablando de un azote singularísimo que ha producido en Inglaterra, entre los trabajadores agrícolas, la acumulación del capital.

El exceso de población agrícola tiene por efecto ocasionar la baja de los salarios, sin que no obstante pueda esta población bastar a todas las necesidades del capital en tiempo de trabajos excepcionales y urgentes que exige la agricultura en ciertas épocas del año. Resulta de esto que un gran número de mujeres y de niños son contratados por el capital para las labores momentáneas, después de cuya realización estas gentes van a aumentar el exceso de población obrera de los campos. Este hecho ha dado origen en Inglaterra al sistema de las bandas ambulantes (gang system).

32 Marx, p. 299.

33 Marx, p. 302.

«Una banda (gang) se compone de diez a cuarenta o cincuenta personas: mujeres, adolescentes de ambos sexos (sin embargo los muchachos abandonan ordinariamente la banda hacia la edad de trece años), y niños de ambos sexos de seis a trece años. El jefe de la banda, el gangmaster, es un obrero de campo ordinario, por lo general un mal sujeto, juerguista y borracho, pero emprendedor y diligente. Es él quien recluta la banda y ésta trabaja a sus órdenes y no a las del colono. Este jefe toma el trabajo por tareas ordinariamente, y su ganancia, que por término medio apenas excede de la del obrero ordinario, depende casi por entero de la habilidad con que sepa obtener de su banda, en el menor tiempo posible, la mayor cantidad de trabajo. Los colonos saben, por experiencia, que las mujeres no trabajan bien más que bajo la autoridad dictatorial del hombre, pero que, por otra parte, las mujeres y los niños, una vez lanzados, se emplean con verdadero ardor, así como lo había observado Fourier, mientras que el obrero adulto, más avisado, se reserva cuanto puede. El gangmaster va de una alquería a la otra y ocupa a su banda seis u ocho meses del año. Es, por consiguiente, para las familias obreras un cliente más ventajoso y más seguro que el granjero aislado que no emplea a los niños sino ocasionalmente. Esta circunstancia establece tan bien su influencia en los pueblos que en muchos sitios nadie puede procurarse niños sin su intermedio.

«Los vicios de este sistema son el exceso de trabajo impuesto a los niños y a las muchachas, las marchas enormes que les es preciso hacer para trasladarse todos los días a granjas alejadas cinco, seis y a veces siete millas (de ocho a diez kilómetros), y para volver y, finalmente, la desmoralización del gang. Aun cuando el jefe está armado con un largo palo, no se sirve de él sino raras veces, y un trato brutal por parte suya es una excepción. Es un

emperador democrático, o algo así como el «conductor de ratas» de la leyenda alemana. Tiene necesidad de ser popular entre sus súbditos, y se los atrae con los atractivos de una vida de bohemio. Licencia desordenada, alegres en grado excesivo y en común libertinaje son las características del gang. Generalmente, la paga tiene lugar en una taberna, después de lo cual, el jefe, dando traspiés y apoyándose a derecha e izquierda sobre dos robustas comadres, se pone a la cabeza de la columna, mientras que detrás de él niños y niñas, escandalosos, siguen entonando canciones obscenas. No es raro el ver muchachas de trece o catorce años embarazadas por muchachos de la misma edad. Los pueblos que suministran el contingente del gang se convierten en Sodomas y Gomorras y presentan más de la mitad de nacimientos ilegítimos que las demás localidades del reino.

»La banda, en la forma clásica que acaba de ser descrita, se denomina banda pública, común o ambulante (public, common, tramping gang). Existen también bandas particulares (private gangs). Estas se hallan compuestas como la banda pública, pero son menos numerosas y trabajan a las órdenes, no de un gangmaster, sino de un viejo criado de alquería que el granjero no sabría ya cómo ocupar de otro modo. Aquí ya no existe la alegre vida de bohemia, sino que, según las declaraciones recogidas, los niños son peor pagados y peor tratados.

»Este sistema que, en estos últimos años, se ha extendido constantemente, no existe seguramente para recreo del jefe de banda. Existe porque enriquece a los grandes colonos y a los propietarios.

Los pequeños colonos no emplean las bandas y éstas tampoco se emplean en las tierras pobres. Un propietario, temiendo

medidas represivas que habrían podido ocasionar una disminución de su renta, declaró ante la comisión investigadora, con cólera, que todo el escándalo formado a este propósito, provenía solamente del nombre dado al sistema: Bastará, dijo, reemplazar el nombre de banda por el de Asociación cooperativa industrial-agrícola de la juventud rural, y nadie tendrá nada que reprochar: “El trabajo con bandas es más barato que cualquier otro trabajo, y he aquí por qué se le emplea”, ha dicho un antiguo gangmaster. “El sistema de las bandas es el menos caro para los colonos, y sin disputa el más pernicioso para los niños”, ha declarado un colono.

Es cierto que no hay método más ingenioso para que el colono pueda conservar a su personal por debajo del nivel normal, teniendo siempre a su disposición, para cada tarea especial, a un personal especial para que pueda obtener la más fuerte suma de trabajo posible con el menor gasto posible, y para que los obreros adultos se hagan superfluos.

Con el pretexto de que los trabajadores agrícolas faltan y que emigran hacia las ciudades y que, por otra parte, faltaría el trabajo para ocuparlos en los campos de una manera permanente, el sistema de las bandas se ha declarado indispensable»³⁴.

34 Marx, pp. 306–307.

X. LA ACUMULACIÓN PRIMITIVA

Henos aquí llegados al final de nuestro drama.

Un día encontramos al trabajador en el mercado adonde había ido para vender su fuerza de trabajo y le vimos contratar de igual a igual con el hombre de los escudos. Ignoraba aún cuán penoso sería el camino del calvario que tenía que subir y no había acercado todavía a sus labios el amargo cáliz que debía de apurar hasta las heces. El hombre de los escudos, que aún no había llegado a ser capitalista, no era entonces más que el modesto poseedor de una mínima riqueza, tímido e inseguro del buen resultado de la empresa en que invertía toda su fortuna.

Veamos ahora cómo ha cambiado la escena.

El obrero, después de haber dado origen al capital con su primer supertrabajo, ha sido oprimido por el trabajo excesivo de una jornada excesivamente prolongada. Por medio de la plusvalía relativa, fue restringido el tiempo del trabajo necesario a su manutención y prolongado el del supertrabajo, destinado a nutrir siempre con más abundancia al capital. En la cooperación simple, hemos visto al obrero, sometido a una disciplina de cuartel y

arrastrado por la corriente de todo un encadenamiento de fuerzas de trabajo, extenuarse más cada vez para alimentar más al capital acrecentado incesantemente. Hemos visto al obrero mutilado, envilecido y deprimido en el más alto grado por la división del trabajo, en la manufactura. Le hemos visto soportar los indecibles sufrimientos materiales y morales que le ha causado la introducción de las máquinas en la gran industria. Expropiado de la última porción de su virtud de artesano, le hemos visto reducido al estado de simple siervo de la máquina, de miembro que era de un organismo viviente, en apéndice vulgar de un mecanismo, torturado por el trabajo vertiginosamente intensificado de la máquina, que le amenaza a cada momento con arrancarle un pedazo de sus carnes o con triturarle por completo en sus terribles engranajes, y, además, hemos visto a su mujer y a sus pequeñuelos convertidos en esclavos del capital. Y durante este tiempo el capitalista, inmensamente enriquecido, le paga un salario que puede disminuir a su capricho, dándose el tono de mantenerlo en la misma proporción o incluso de aumentarlo. En fin, hemos visto al obrero, temporalmente inutilizado por la acumulación del capital, pasar del ejército industrial activo a la reserva y caer luego para siempre en el infierno del pauperismo. ¡El sacrificio está consumado!

Pero ¿cómo ha podido ocurrir esto?

De una manera muy sencilla. El obrero era, es cierto, poseedor de su fuerza de trabajo, con la cual habría podido producir cada día mucho más de lo que necesitaba para él y para su familia; pero le faltaban los otros elementos indispensables, es decir, los medios de trabajo y las materias primas. Desprovisto, por tanto, de toda riqueza, el obrero se ha visto obligado, para ganar su vida,

a vender su único patrimonio, su fuerza de trabajo, al hombre de los escudos, que ha obtenido de él su beneficio. La propiedad individual y el asalariado, fundamentos del sistema de producción capitalista, han sido la causa principal de tantos sufrimientos.

¡Pero esto es una iniquidad! ¡Esto es un crimen! ¿Quién ha conferido al hombre el derecho de propiedad individual? Y ¿cómo ha podido encontrarse el hombre de los escudos en posesión de una «acumulación primitiva»³⁵, origen de tantas infamias?

Una voz terrible sale del templo del dios Capital y exclama: «Todo esto es justo, porque todo esto está escrito en el libro de las leyes eternas». Hubo antiguamente un tiempo, muy lejano, en que los hombres vagaban aún libres e iguales sobre la tierra. Un pequeño número de ellos fueron laboriosos, sobrios y económicos; todos los demás se volvieron perezosos, dados al placer y disipadores. La virtud hizo ricos a los primeros y el vicio miserables a los segundos. Los que formaban el pequeño número tuvieron derecho (ellos y sus descendientes) a gozar de las riquezas, virtuosamente acumuladas; mientras que los que formaban el mayor número fueron obligados por su miseria a venderse a los ricos y fueron condenados a servirles perpetuamente, ellos y sus descendientes.

He ahí como explican la cosa ciertos amigos del orden burgués. «He ahí la instada puerilidad que M. Thiers, por ejemplo, para defender la propiedad, repite aún, con solemnidad, a los franceses tan espirituales en otro tiempo

35 Previous accumulation: Adam Smith. (J. G.)

Si tal hubiera sido realmente el origen de la acumulación primitiva, la teoría que de ello se deriva sería tan justa como la del pecado original y la de la predestinación. El padre ha sido holgazán y dado a los placeres, el hijo debe ser entregado a la miseria. Este es el hijo de un rico: está predestinado a ser feliz, poderoso, instruido, robusto, etc.; aquél es hijo de un pobre: hállase predestinado a ser infeliz, débil, ignorante, bruto, etc. Una sociedad fundada sobre una ley semejante deberá terminar ciertamente como han terminado ya otras muchas sociedades, menos bárbaras y menos hipócritas, tantas religiones y dioses, comenzando por el cristianismo, en cuyas leyes se encuentran ejemplos análogos de justicia.

Podríamos detenernos aquí si nos fuera permitido quedamos con esa impertinencia burguesa. Pero nuestro drama tiene un desenlace digno de él, como lo veremos en seguida, asistiendo a su último acto.

Abramos la historia, esa historia escrita por los burgueses y para uso de la burguesía; busquemos en ella el origen de la acumulación primitiva y he aquí lo que en ella hallaremos.

En la época más remota, grupos de población nómada se establecieron en las localidades mejor situadas y más favorecidas por la Naturaleza. Fundaron ciudades, empezaron a cultivar la tierra y a dedicarse a las diversas ocupaciones que podían ser necesarias a su bienestar. Mas, en el transcurso de su desarrollo, estos grupos se encontraron y chocaron entre sí, y a esto siguieron guerras, asesinatos, incendios, saqueos y matanzas. Todo lo que poseían los vencidos pasó a la propiedad de los vencedores, incluso las personas de los supervivientes, que todos fueron reducidos a la esclavitud.

He ahí el origen de la acumulación primitiva en la antigüedad. Vengamos a la Edad media.

En esta segunda época de la Historia, no encontramos más que una serie de invasiones: pueblos conquistadores haciendo irrupción en los países más ricos ocupados por otros pueblos, y siempre el mismo estribillo de matanza, de pillaje, de incendio, etc.

Todo lo que poseían los vencidos pasó a propiedad de los vencedores, con la única diferencia de que los supervivientes no fueron reducidos a la esclavitud, como en la antigüedad, pero tuvieron que sufrir otro género de servidumbre, y se convirtieron, en calidad de siervos, en la propiedad de los señores, con la tierra a la cual se hallaban ligados. En la Edad media no encontramos tampoco el menor vestigio de esa aplicación al trabajo, de esa sobriedad y de esa economía cantadas por la doctrina burguesa como la fuente de la acumulación primitiva. Y hay que advertir que la Edad media es la época a la cual se envanecen de hacer remontar su origen los más ilustres de nuestros poseedores actuales de riqueza.

Mas lleguemos, para terminar, a la época moderna.

La revolución burguesa ha destruido el feudalismo y ha transformado la servidumbre en asalariado. Pero al mismo tiempo ha arrebatado al trabajador los pocos medios de existencia que le aseguraba el régimen de servidumbre. El siervo, aun cuando tuviese que trabajar la mayor parte del tiempo para su señor, tenía sin embargo, un pedazo de tierra así como los medios y el tiempo necesarios para cultivarlo. La burguesía ha destruido todo esto y ha hecho del siervo un trabajador libre, que

no tiene otra alternativa que hacerse explotar, de la manera que hemos visto, por el primer capitalista llegado, o morir de hambre.

Entremos ahora en los detalles. Abramos la historia de un pueblo y veamos cómo ha tenido lugar la expropiación de las poblaciones agrícolas y la formación de esas masas obreras destinadas a suministrar su fuerza de trabajo a las industrias modernas. Como de costumbre, tomaremos nuestros ejemplos en Inglaterra, porque siendo Inglaterra el país en donde la enfermedad que estudiamos se encuentra en estado más avanzado, es ella la que puede ofrecernos el mejor campo de observación.

«La servidumbre había desaparecido de hecho en Inglaterra hacia fines del siglo XIV. La inmensa mayoría de la población componíase entonces, y más aún en el siglo XV, de campesinos libres y de propietarios, fuere cual fuere, por otra parte, el término feudal bajo el cual era más o menos disimulado su derecho de posesión.

En los grandes dominios feudales, el antiguo habj, que era él mismo un siervo, era sustituido por el colono libre. Los asalariados de la agricultura se componían en parte de campesinos propietarios que ocupaban sus momentos de asueto en trabajar en los campos de los grandes terratenientes y en parte de una clase poco numerosa de verdaderos asalariados. Pero estos últimos eran también al mismo tiempo, hasta cierto punto, campesinos independientes, pues, además de su salario, gozaban la posesión de una extensión de terreno de cuatro acres como mínimo y de un cottage. Compartían además, con los campesinos propiamente dichos, la posesión de los terrenos

comunales a los cuales llevaban a pastar a su ganado y que les suministraban el combustible, leña, turba, etc.

»El preludio de la revolución que creó los fundamentos del sistema de producción capitalista, tuvo lugar en el último tercio del siglo XV y en el primer tercio del siglo XVI. El licenciamiento de los séquitos feudales de los señores arrojó al mercado una masa de proletarios sin casa ni hogar; masa que fue engrosada de manera considerable por la usurpación de los bienes comunales y por la expulsión de los campesinos de tierras en las cuales habían tenido, en el régimen feudal, tantos derechos como los señores. En Inglaterra, la causa inmediata y particular de esas expulsiones fue el desarrollo de las manufacturas de paños en Flandes y el aumento del precio de la lana, cuya consecuencia fue esto. Transformación de las tierras laborales en pasturajes de carneros; tal fue entonces la consigna. Harrison describe la ruina del país causada por la expropiación de los pequeños campesinos. “¡Qué les importa a nuestros grandes usurpadores!” Las habitaciones de los campesinos y las casuchas de los obreros agrícolas fueron demolidas o abandonadas. “Si quieren consultarse los antiguos inventarios de cada dominio señorial, se observará que innumerables casas de pequeños cultivadores han desaparecido, que el campo sustenta a muchos menos habitantes que antaño, que muchas ciudades han decaído, aunque algunas otras, fundades después, prosperan... De las ciudades y de los pueblos que se han destruido para hacer terrenos de paso para el ganado lanar y donde sólo quedan las viviendas de los señores, podría hacer una larga enumeración”³⁶.

»En el siglo XVI, dióse un nuevo y terrible impulso a la

36 Marx, p. 316-317.

expropiación violenta de las masas populares, por la Reforma y el robo colosal de los bienes de la Iglesia, que fue la consecuencia de ello. La Iglesia católica era propietaria, en esta época, en la forma feudal, de una gran parte del territorio inglés. La supresión de los conventos, etc., arrojó a los habitantes de sus antiguos dominios al proletariado. Los bienes de la Iglesia fueron dados en su mayor parte a ávidos favoritos, o vendidos a bajo precio a ciudadanos, a colonos especuladores, que comenzaron a expulsar en masa a los antiguos terratenientes hereditarios. El derecho de propiedad, legalmente consagrado, que tenían los campesinos pobres sobre una parte de los diezmos eclesiásticos, fue confiscado sin explicación alguna. En el año 48 del reinado de Isabel, se obligó a reconocer oficialmente el pauperismo con el establecimiento del impuesto de los pobres. «Los autores de esta ley tuvieron a mengua confesar sus motivos y, contrariamente a la costumbre tradicional, la publicaron sin ningún preámbulo» (Cobbett). Bajo el reinado de Carlos I, fue declarada perpetua y no fue modificada sino en 1834, para recibir una forma más dura: entonces, de lo que se les había concedido en un principio como indemnización de la expropiación sufrida, hízose un castigo para los pobres.

»En la época de Isabel, habiéndose reunido algunos terratenientes y algunos campesinos ricos de la Inglaterra meridional, redactaron sobre la interpretación que habría de darse a la ley de los pobres diez cuestiones que sometieron al dictamen de un célebre jurisconsulto. He aquí un extracto de esta memoria: «Algunos de los ricos colonos de la parroquia han proyectado un plan muy sensato, mediante el cual puede evitarse todo género de desórdenes en la ejecución de la ley. Proponen la construcción de una prisión en la parroquia. A todo pobre que no consienta en dejarse encerrar en esa prisión, se le rehusará la asistencia. Se

hará anunciar después en la vecindad que si alguien se halla dispuesto a tomar en arriendo a los pobres de esta parroquia, tendrá que enviar, en un día determinado, un pliego sellado indicando los precios más bajos a que los toma. Los autores de este proyecto suponen que existen en los condados vecinos personas que no tienen apego al trabajo y que no poseen la fortuna o el crédito necesario para adquirir una finca, o un barco, a fin de poder vivir sin trabajar. Esas gentes podrían hallarse dispuestas a hacer a la parroquia proposiciones muy ventajosas. Si algunos de los pobres puestos bajo el cuidado del contratante falleciesen, recaería sobre él la culpa, pues la parroquia habría cumplido sus deberes para con los pobres. Tenemos, sin embargo, que la ley actual no permita semejantes medidas de prudencia, pero es menester que sepáis que el resto de los terratenientes de este condado y de los condados próximos se unirá a nosotros para estimular a sus representantes en la Cámara de los Comunes a que propongan un *bill* que autorice el encarcelamiento de los pobres con trabajos forzados, a fin de que todo pobre que se negase a dejarse encarcelar pierde su derecho al socorro. Esperamos que esta medida impedirá que los indigentes tengan necesidad de ser socorridos»³⁷.

»En el siglo XVIII, la misma ley convirtiéndose en el instrumento del robo de las tierras del pueblo. La forma parlamentaria de ese robo es la de las «leyes sobre el cierre de las tierras comunales» (*bills for inclosures of commons*), en otros términos, decretos por medio de los cuales los landlords se adjudicaban a sí mismos la propiedad popular como propiedad privada, decretos de expropiación del pueblo. Sir F. M. Edén ha pretendido presentar la propiedad comunal como propiedad particular de los landlords

37 Marx, p. 318.

que han ocupado el lugar de los señores feudales; pero se refuta a sí propio pidiendo que el Parlamento vote un estatuto general que sancione de una vez para siempre el cierre de los communes; pues reconoce por ende que es necesario un golpe de Estado para legalizar el cambio de los bienes comunes en propiedades particulares, y al mismo tiempo reclama una indemnización para las cultivadores pobres. Si no había expropiados, no habría evidentemente que indemnizar a nadie.

»En el Northamptonshire y en el Lincolnshire, dice Addington, en 1772, se ha procedido en gran escala al cierre de los terrenos comunes, y la mayor parte de los nuevos dominios que resultan de estas operaciones son transformados en terrenos de pasto; por consecuencia, en muchos dominios no se encuentran cincuenta acres de tierras laboradas, allí donde se laboraban en otro tiempo mil quinientos... Ruinas de casas de habitación, de trojes, de establos, etc., son los únicos vestigios que quedan de los antiguos habitantes. En muchos lugares donde había centenares de casas de familias, sólo se ven ocho o diez. En la mayoría de las parroquias donde el cierre no ha tenido lugar sino hace quince o veinte años, el número de los propietarios es muy mínimo comparado con el de los agricultores que laboraban la tierra cuando los campos estaban abiertos. No es raro el ver usurpar por cuatro o cinco ricos ganaderos extensos dominios, recientemente cerrados, que se hallaban anteriormente en manos de veinte o treinta granjeros y de numerosos y pequeños propietarios y terratenientes. “Todos esos antiguos ocupantes han sido expulsados de sus posesiones con sus familiares, así como un gran número de otras familias que estaban ocupadas y sostenidas por ellos.” No son solamente terrenos sin cultivar, sino con frecuencia tierras cultivadas por particulares que pagaban una contribución al Municipio, o cultivadas en común, que fueron

anexionadas por el lord vecino con el pretexto de «cierre». Dice el doctor Price: “Hablo aquí del cierre de campos abiertos y de tierras cultivadas. Los mismos escritores que son partidarios de los cierres convienen en que, en ese caso, disminuyen los cultivos, elevan los precios de las subsistencias y producen la despoblación... E incluso el cierre de tierras incultas, tal como se practica hoy, priva al pobre de una parte de sus medios de subsistencia y agranda la dimensión de fincas que son ya más extensas. Cuando la tierra cae en manos de un pequeño número de grandes colonos, los pequeños propietarios –(de los cuales ha hablado Price con anterioridad en estos términos: 'una multitud de pequeños propietarios y de pequeños colonos que se sustentan, ellos y sus familias de los productos de la tierra arrendada por ellos, de la carne de los carneros y ovejas, de la volatería, de los cerdos, etc., que llevan a los pastos comunes, de suerte que apenas tienen necesidad de comprar subsistencias')– se hallan transformados en otras tantas personas que tienen que ganar su vida trabajando al servicio de otros y vense obligados a ir a comprar al mercado todo lo que necesitan. Se producirá quizá más trabajo, porque habrá más apremio... Las ciudades y las manufacturas se incrementarán porque un mayor número de personas, se ven forzadas a ir a ellas a buscar una ocupación.

He aquí en qué sentido obra naturalmente la concentración de las fincas y ha obrado efectivamente en ese sentido en este reino desde hace numerosos años. En suma, la situación de las clases inferiores del pueblo ha empeorado casi por todos los conceptos, pues los pequeños propietarios y los pequeños colonos han sido reducidos al estado de jornaleros y de mercenarios, y, al mismo tiempo, la vida, en estas condiciones, se ha hecho más difícil de ganar.”

La usurpación de las tierras comunales y la revolución que siguió a esto en la agricultura han obrado efectivamente de una manera tan dura sobre los trabajadores agrícolas, que, según Edén entre 1765 y 1780 su salario empezó a disminuir por debajo del mínimo y tuvo que ser completado por medio de socorros distribuidos oficialmente. Su salario, dice, «no era suficiente para las necesidades indispensables de la vida».

«En el siglo XIX, se ha perdido naturalmente hasta el recuerdo del vínculo que había unido a la agricultura con la propiedad comunal. Para no hablar de tiempos más antiguos, ¿ha recibido alguna vez el pueblo de los campos un ochavo de indemnización por los 3 millones 511.770 acres de terrenos comunales que, entre 1801 y 1831, le fueron robados y que los landlords se han apropiado por la vía parlamentaria?»³⁸.

El último procedimiento, de un alcance histórico, empleado para expropiar a los trabajadores de los campos debe ser estudiado en particular en los Highlands de Escocia: allí es donde fue aplicado de la manera más feroz.

»George Ensor dice en un libro publicado en 1818: “Los grandes señores de Escocia han expropiado familias cual si hubiesen arrancado malas hierbas y han tratado a pueblos enteros y a sus habitantes como tratan los indios, en su venganza, las guaridas de las bestias feroces. Traficase con un hombre por una piel de oveja, por una pierna de carnero, por menos aún... En la época de la invasión de las provincias septentrionales de la China, se propuso, en el Gran consejo de los mongoles, exterminar la población y transformar las tierras en pastos. Muchos propietarios de los Highlands han puesto en ejecución esta

38 Marx, p. 319-321.

proposición en su propio país contra sus propios compatriotas.”

»A gran señor, gran honor. Corresponde a la duquesa de Sutherland la iniciativa más mongólica. Desde que esta dama, formada en la escuela de los economistas, hubo tomado el gobierno de sus dominios, decidió aplicar un remedio radical y transformar en pastos para ganado lanar a todo el condado, cuya población, a consecuencia de operaciones del mismo género, practicadas con anterioridad, hallábase reducida ya a la cifra de quince mil habitantes. Desde 1814 a 1820, estas quince mil personas que formaban unas tres mil familias, fueron expulsadas sistemáticamente. Todos sus pueblos fueron destruidos y quemados y todos sus campos fueron convertidos en terrenos de pasto. Para estas ejecuciones fueron enviados soldados ingleses y muchos de ellos llegaron a las manos con los indígenas. Una anciana pereció entre las llamas de su cabaña, a la cual se negaba a abandonar. (¡Abrid los oídos, burgueses que declamáis contra el empleo revolucionario del petróleo! El fuego ha sido empleado durante largos años contra el proletariado. Es vuestra historia la que lo dice.) Así fue cómo la noble dama se apropió 794.000 acres de tierras que desde tiempos inmemoriales habían pertenecido al clan.

»Una parte de los desposeídos fue expulsada por completo; a la otra parte se le asignó, a orillas del mar, seis mil acres, a razón de dos acres por familia. Estos seis mil acres habían permanecido incultos hasta entonces y no habían reportado contribución ninguna a los propietarios. La duquesa llevó su generosidad hasta arrendarlas a un precio medio de dos chelines y seis peniques por acre a los miembros del clan que desde luengos siglos habían vertido su sangre por la familia de los Sutherland. Las tierras robadas al clan fueron divididas en veintinueve grandes granjas

para carneros, en cada una de las cuales se estableció una familia, en su mayor parte criados de granja ingleses. En 1825, los quince mil highlanders (habitantes de las tierras altas) estaban reemplazados por 131.000 carneros.

»Aquellos indígenas que habían sido relegados a la orilla del mar habían tratado de procurarse medios de existencia dedicándose a la pesca. Convertidos en verdaderos anfibios, vivían, según la expresión de un escritor inglés, mitad sobre la tierra y mitad en el agua, lo cual, a pesar de todo, no les permitía vivir sino a medias. Pero el olor de su pescado llegó hasta las narices de sus amos, y éstos, olfateando algún provecho, arrendaron la ribera a los grandes comerciantes de pescado de Londres. Los highlanders fueron expulsados por segunda vez.

»Finalmente, efectuóse una última metamorfosis. Una parte de los pastos del ganado lanar fue convertida en cotos de caza... El profesor Leone Lévi, en un discurso pronunciado en abril de 1866 ante la Sociedad de las Artes, dijo: “Despoblar el país y convertir las tierras arables en dehesas, era en un principio el medio más cómodo de obtener ingresos sin aflojar la bolsa... Pronto la situación de los cotos de caza a los pastos fue un acontecimiento ordinario en los Highlands. El gamo ocupó el lugar del carnero, lo mismo que el carnero había ocupado el del hombre... Inmensos distritos que habían figurado en la estadística de Escocia como campos de una fertilidad y de una extensión excepcionales, hallábanse ahora privados rigurosamente de toda clase de cultivo y de mejoramiento, y dedicados a los placeres de un puñado de cazadores que sólo van allí durante algunos meses del año.” Hacia fines de mayo de 1866, decía un periódico escocés: “Una de las mejores granjas de carneros del Sutherland, por la cual habíase ofrecido, a la expiración del arrendamiento en curso,

otro de cien mil libras esterlinas, va a ser convertida en coto de caza”³⁹.

Otros periódicos, en esa misma fecha, hablaron de esos instintos feudales que se desarrollan más y más en Inglaterra; pero uno de ellos ha deducido, con cifras a la vista, que habiendo aumentado los ingresos de los landlords se ha incrementado la riqueza nacional.

«La creación y el incremento de un proletariado sin casa ni hogar ha ido necesariamente más de prisa que su absorción por las manufacturas nacientes. Por otra parte, hombres arrancados bruscamente a sus condiciones habituales de existencia no podían adaptarse de golpe y porrazo a la disciplina del nuevo orden social. Se transformaron, en gran número, en mendigos, en ladrones y en vagabundos, algunas veces por inclinación natural y con la mayor frecuencia por necesidad. De ahí, hacia fines del siglo quince y durante todo el diez y seis, en la Europa occidental, una legislación sanguinaria contra la holganza. Los padres de la clase obrera actual han sido castigados, desde luego, a haber sido reducidos al estado de vagabundos y de indigentes. La ley los trató como criminales voluntarios, cual si hubiera dependido de su voluntad el continuar trabajando en condiciones que habían dejado de existir.

»En Inglaterra, comenzó esta legislación bajo el reinado de Enrique VII.

«Bajo el reinado de Enrique VIII, en 1530, los mendigos de edad avanzada e incapaces de trabajar obtienen una licencia para pedir limosna. Los vagabundos robustos son azotados con un látigo y

³⁹ Marx, p. 322-323.

encarcelados. Atados detrás de una carreta, deben ser fustigados hasta que la sangre brote de su cuerpo y comprometerse después mediante juramento a volver al lugar de su nacimiento o al de su domicilio desde los tres últimos años y a reintegrarse al trabajo. ¡Qué cruel ironía! En el año vigésimo séptimo del reinado de Enrique VIII, fue renovado ese estatuto, pero agravado con penas adicionales. En caso de reincidencia, el vagabundo debía de ser azotado nuevamente y se le cortaba la mitad de la oreja; a la segunda reincidencia, se le daba muerte como malhechor peligroso y criminal de Estado.

»En su Utopía, el canciller Thomas Morus pinta con vivos colores la situación de los desdichados a quienes alcanzaban esas atroces leyes. “Acontece, dice, que un glotón ávido e insaciable, un verdadero azote para su país natal, pueda apoderarse de miles de arpentas de tierra rodeándolas con postes o con setos, o atormentando a sus propietarios con injusticias que les obligan a venderlo todo. De uno u otro modo, de grado o por fuerza, es preciso que se larguen todos, pobres gentes, corazones sencillos, hombres, mujeres, esposos, huérfanos, viudas, madres con sus hijitos, con todo su haber; pocos recursos, pero muchas cabezas, pues la agricultura tiene necesidad de muchos brazos. Tienen que llevar consigo a los suyos no lejos de sus antiguos hogares, sin hallar un lugar de reposo. En otras circunstancias, la venta de su mobiliario y de sus utensilios domésticos hubiese podido ayudarles, por poco que valieran; pero arrojados súbitamente en el vacío, vense forzados a darlos Por una bagatela. Y cuando han errado de acá para allá y comido hasta el último ochavo, ¿qué otra cosa pueden hacer sino robar? Y entonces ¡buen Dios! son ahorcados con todas las formas legales –¿o bien dedicarse a mendigar?–. Y entonces también se les mete en la cárcel como vagabundos, porque llevan una vida errante y no trabajan, y a

quienes nadie en el mundo quiere dar trabajo por mucho que se apresuren a ofrecerse para toda clase de labores.” De estos desdichados fugitivos, de los cuales Thomas Morus, su contemporáneo, dice que se les obliga a vagabundear y a robar, fueron ejecutados setenta y dos mil bajo el reinado de Enrique VIII», por lo que Holinshed refiere en su Descripción de Inglaterra,

»Un estatuto del primer año del reinado de Eduardo VI, 1547, ordena que todo individuo que se niegue a trabajar sea adjudicado como esclavo a la persona que le haya denunciado como holgazán. (De este modo, para beneficiarse gratuitamente con el trabajo de un pobre diablo, no había más que denunciarle como refractario al trabajo). El amo debe alimentar a su esclavo con pan y agua, con bebidas débiles y con los despojos de carne que juzgue conveniente darle. Tiene derecho a obligarle a los trabajos más repugnantes, empleando el látigo y la cadena. Si el esclavo se ausenta durante quince días se le condena a la esclavitud perpetua y marcado al hierro candente con la letra S (Slave, «esclavo») en la frente o en la mejilla; a la tercera tentativa de huida, debe dársele muerte como criminal de Estado. El amo puede venderle, legarle por testamento, alquilarlo como esclavo, de la misma forma que el ganado o cualquier otro bien mueble. Si los esclavos intentan algo contra sus amos, también debe dárseles muerte. Los jueces de paz, cuando han sido informados, deben hacer buscar a los que se les señala «Si se comprueba que uno de esos individuos ha holgazaneado durante tres días debe ser conducido a su lugar de origen, marcado al hierro candente con la letra V en el pecho, encadenado y empleado en trabajar en los caminos o en otro trabajo. Si el vagabundo ha indicado falsamente una localidad como su lugar de origen, será condenado, en castigo, a la esclavitud perpetua a beneficio de esa localidad y de sus

habitantes, y será marcado con la letra S. Todo el mundo tiene derecho a quitarles sus hijos a los vagabundos y a retener como aprendices a los muchachos hasta los veinticuatro años y a las muchachas hasta los veinte. A estos niños de aprendizaje, tienen derecho a encadenarles, a fustigarlos, etc., a su voluntad. Todo amo puede poner a su esclavo una argolla de hierro en el cuello, en el brazo o en la pierna a fin de reconocerle mejor y de tenerle más seguro. La última parte de este estatuto prevé el caso en que ciertos pobres sean ocupados por la parroquia o por personas que les den de beber y comer: esta especie de esclavos de la parroquia se ha conservado en Inglaterra hasta en pleno siglo XIX con el nombre de roundsmen ('hombres circulantes'). Un campeón de los capitalistas hace esta observación. “Bajo el reinado de Eduardo VI, los ingleses parecen hallarse muy seriamente ocupados en estimular las manufacturas y en procurar trabajo a los pobres. Tenemos la prueba de ello en un notable estatuto en el que se dice que todos los vagabundos deben ser marcados al hierro candente, etc.”

«Bajo Isabel, se ordenó, en 1572, que los mendigos no provistos de una licencia y que hayan pasado de la edad de catorce años serán severamente azotados, y marcados al hierro candente en la oreja izquierda, si nadie quiere tomarlos a su servicio por dos años; en caso de reincidencia, y si tienen más de dieciocho años de edad, se les dará muerte, a menos que alguien les tome a su servicio por dos años; pero en el caso de nueva reincidencia serán ejecutados sin misericordia como criminales de Estado. Estatutos o leyes del mismo género fueron promulgados en 1576 y en 1597. Bajo este reinado, ahorcábase en hileras a los vagabundos. Todos los años había tres o cuatrocientos colgados en la horca, aquí o allá, dice Stripe en sus *Anales*: sólo el condado de Somerset contó, en un año, cuarenta vagabundos ahorcados, treinta y

cinco marcados al hierro candente y treinta y siete fustigados. Sin embargo, añade este filántropo, “ese gran número de condenados no comprende la quinta parte de los delincuentes a causa de la negligencia de los jueces de paz y de la necia compasión del pueblo... En los demás condados de Inglaterra, la situación no era mejor y en algunos era peor”.

«Bajo Jacobo I, todos los individuos hallados sin domicilio y mendigos deben ser declarados vagabundos. Los jueces de paz –todos, desde luego, propietarios de tierras, manufactureros, eclesiásticos, etc., investidos de la magistratura correccional– están autorizados para hacerles azotar públicamente y para infligirles seis meses de cárcel la primera vez y dos años si reinciden. Durante el tiempo de su encarcelamiento, pueden ser azotados de nuevo con tanta frecuencia como lo creyeran conveniente los jueces de paz... Los vagabundos incorregibles y peligrosos serán marcados al hierro candente con la letra R sobre el hombro izquierdo y obligados a trabajos forzados, y si se les coge mendigando nuevamente, se les dará muerte sin misericordia y se les privará de los auxilios de la religión. Estos estatutos sólo fueron abolidos en 1714 ⁴⁰.

He ahí en medio de qué horrores, en medio de qué medidas sanguinarias, se ha llevado a cabo la expropiación de las poblaciones agrícolas y la formación de esa clase obrera que debía ser entregada como pasto a la gran industria moderna. ¡Hemos ahí muy lejos del idilio de los economistas! El hierro y el fuego han sido el único origen de la acumulación primitiva; fueron el hierro y el fuego los que proporcionaron al capital el medio necesario a su desenvolvimiento, la masa de fuerzas

40 Marx, pp. 325–326.

humanas destinadas a alimentarle, y si hoy el hierro y el fuego no son ya los medios empleados habitualmente por la acumulación siempre en aumento, es porque ésta dispone, para sustituirlos, de otro medio mucho más inexorable y mucho más terrible, una de las gloriosas conquistas de la burguesía moderna, un medio que forma parte de la propia organización de la producción capitalista, un medio que obra por sí mismo, sin ruido, sin escándalo, un medio enteramente conforme a la civilización: el hambre. Y para quien se rebela contra el hambre, siempre y siempre el hierro y el fuego.

No podemos abordar, en este corto Compendio, la historia de las hazañas del capital en las colonias. Remitimos a nuestros lectores a los relatos de los grandes descubrimientos marítimos, comenzando por el de Cristóbal Colón y de todas las colonizaciones, limitándonos a citar a este propósito las palabras «de un hombre cuyo fervor cristiano ha hecho toda la reputación», W. Howitt, quien se expresa así: «Las barbaridades y las atrocidades execrables perpetradas por las razas llamadas cristianas, en todas las regiones del mundo y contra todos los pueblos que han podido avasallar, no hallan su equivalente en ninguna época de la historia universal, en ninguna raza, por salvaje, por bárbara, por cruel y por desvergonzada que fuese»⁴¹.

«Si, como dice Marie Augier (Del Crédito público, París, 1842), es con manchas naturales de sangre sobre una de sus caras cómo ha venido al mundo el dinero, el capital ha venido a él sudando sangre y cieno por todos los poros»⁴².

Y esta es sencillamente la historia, ¡oh, burgueses!, una triste

41 Marx, p. 336.

42 *Marx*, p. 340.

historia de sangre muy digna de ser leída y meditada por vosotros que sabéis, en vuestra virtud, expresar un santo horror por la sed de sangre⁴³ de los revolucionarios modernos; por vosotros, que declararéis no poder permitir a los trabajadores tan sólo el empleo de los medios morales⁴⁴.

43“*La libidine di sangue*”: Acta de acusación contra los internacionalistas de la banda insurreccional de San Lupo, Letino y jallo, en abril de 1877. (*Nota de Cafiero.*)

44 Amenidad dicha por un magistrado durante el proceso antes mencionado. (Nota de Cafiero.)

CONCLUSIÓN

El mal es radical. Hace ya largo tiempo que lo saben los trabajadores del mundo civilizado, no todos, ciertamente, sino un gran número y éstos preparan los medios propios para destruirlo.

Han considerado: 1º Que el primer origen de toda opresión y de toda explotación humana es la propiedad individual; 2º Que la emancipación de los trabajadores (la emancipación humana) no puede fundarse en una nueva dominación de clase, sino en el fin de todos los privilegios y monopolios de clase y sobre la igualdad de los derechos y de los deberes; 3º Que la causa del trabajo, la causa de la humanidad, carece de fronteras; 4º Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los mismos trabajadores. Y entonces una voz potente ha gritado: ¡Trabajadores de todo el mundo, unámonos! ¡No más derechos sin deberes, no más deberes sin derechos! ¡Revolución!

Pero la revolución invocada por los trabajadores no es un pretexto, no es un medio establecido para lograr un objeto disfrazado. También la burguesía, como tantos otros, ha invocado un día la revolución: pero era solamente para suplantarse a la nobleza, y para sustituir al sistema feudal de la servidumbre por

el sistema más refinado y cruel del asalariado. ¡He ahí lo que nos atrevemos a llamar el progreso y la civilización! Todos los días asistimos, en efecto, al ridículo espectáculo de burgueses que van repitiendo la palabra revolución sin otra finalidad que poder escalar la cucaña y conquistar el Poder. La revolución de los trabajadores, es la revolución hecha para realizar el contenido de la idea revolucionaria.

La palabra Revolución tomada en su más amplio sentido, en su sentido verdadero, significa volver al punto de partida, transformación y cambio. En este sentido, la revolución es el alma de toda la materia infinita. En efecto, todo, en la naturaleza, realiza un ciclo eterno; todo se transforma, pero nada se crea y nada se destruye, y la química nos lo demuestra. La materia, siendo siempre la misma en cantidad, puede cambiar de forma en infinitos modos. Cuando la materia pierde una antigua forma y adquiere otra nueva, efectúa un tránsito de la vida antigua, en la cual muere, a una vida nueva, en la cual nace. Cuando nuestro hilador, para tomar un ejemplo práctico y familiar, ha transformado diez kilos de algodón en diez kilos de hilo, ¿qué ha ocurrido? La muerte de diez kilos de materia en forma de algodón bruto y su renacimiento en forma de hilo. Y cuando el tejedor transforma el hilo en tela, ¿qué habrá sucedido? Nada más que un paso de la materia, de la vida en forma de hilo, a la vida en forma de tela, como antes había pasado de la vida en forma de algodón en bruto a la vida en forma de hilo. Por lo tanto, la materia pasando de un modo de vida a otro, vive mudándose sin cesar, transformándose y revolucionándose.

Ahora bien, si la revolución es la ley de la naturaleza, que es el todo, debe ser también necesariamente la ley de la humanidad, que es una parte. Pero hay sobre la tierra un puñado de hombres

que no piensa así, o, mejor dicho, que cierra los ojos para no ver y los oídos para no oír.

Aquí oigo a un burgués que me grita: «Sí, es verdad, la ley natural, la revolución reclamada por vosotros, es la reguladora absoluta de las acciones humanas.

La culpa de todas las opresiones, de todas las explotaciones, de todas las lágrimas y de todas las ruinas que de ello se derivan, debe achacarse a esa inexorable ley que nos impone la revolución, la transformación continua: la lucha por la existencia, la absorción de los más débiles por los más fuertes y el sacrificio de los tipos menos perfectos para el desarrollo de los tipos más perfectos.

Si centenares de trabajadores son inmolados por el bienestar de un solo burgués, esto sucede, no por culpa de éste que, por el contrario, se halla afligido y desolado a causa de ello, sino por el decreto de la única ley natural, de la revolución.»

Si se quiere hablar de esta suerte, los trabajadores no pedirán más; pues, en virtud de esta misma ley natural que quiere la transformación, la lucha por la existencia y la revolución, ellos se preparan muy justamente a ser los más fuertes para sacrificar todas las plantas monstruosas y parásitas al completo y vigoroso desarrollo de la espléndida planta que debe ser el hombre, completo y perfecto, en toda la plenitud de su carácter humano.

Mas los burgueses son demasiado timoratos y demasiado piadosos para poder hacer llamamiento a la ley general de la revolución. Han podido invocarla en un momento de embriaguez; pero, vueltos a entrar luego en sí mismos, habiendo echado sus

cuentas y habiendo visto que las cosas estaban bien como estaban, se han puesto a gritar a voz en cuello: Orden, religión, familia, propiedad, conservación. Y así es como después de haber llegado, por medio de la matanza, del incendio y del pillaje, a conquistar el puesto de dominadores y de explotadores del género humano, creen poder detener el curso de la revolución; no ven, en su estupidez, que sus esfuerzos no hacen otra cosa que preparar para la humanidad y para ellos mismos, por consiguiente, males espantosos con las explosiones, estallando de improviso, de la fuerza revolucionaria insensatamente comprimida.

La revolución –una vez abatidos los obstáculos materiales que se le opongan y dejada en libertad de seguir su curso– bastará, por sí sola, para realizar entre los hombres el más perfecto equilibrio, el orden, la paz y la felicidad más completa, porque los hombres, en su libre desenvolvimiento, no procederán en la forma de las bestias salvajes, sino como seres humanos, eminentemente razonables y sociables, que comprenden que ningún hombre puede ser verdaderamente libre y feliz sino en la libertad y en la felicidad común de toda la humanidad. No más derechos sin deberes, no más deberes sin derechos.

Por consiguiente, no más lucha por la existencia de todos los hombres contra la naturaleza a fin de apropiarse la mayor suma posible de fuerzas naturales para beneficio de toda la humanidad⁴⁵.

45 La misma concepción de la libre y espontánea organización de una sociedad humana emancipada por la Revolución había sido expuesta por Errico Malatesta en el octavo Congreso general de la Internacional en Berna (sesión del 28 de octubre de 1876): “La sociedad no es la agregación artificial, operada por la fuerza o mediante un contrato, de individuos naturalmente refractarios. Es, por el contrario, un cuerpo orgánico viviente cuyas

Una vez conocido el mal, fácil es descubrir su remedio:

La revolución por la revolución, es decir, la revolución realizando el contenido de la idea revolucionaria.

Pero ¿cómo harán los trabajadores para restablecer el curso de la revolución?

No es éste el lugar de desarrollar un programa revolucionario, elaborado ya a largo tiempo y publicado además en otros libros: nos limitaremos, para terminar, a responder con estas palabras, recogidas de labios de un trabajador y puestas a la cabeza de este volumen como epígrafe: El obrero lo ha hecho todo, y el obrero puede destruirlo todo porque puede volver a hacerlo todo.

células son los hombres que concurren solidariamente a la vida y al desarrollo del todo. Está regida por leyes inmanentes, necesarias e inmutables como todas las leyes naturales. No existe un pacto social, sino una ley social... Por la costumbre, que corresponde, en el desenvolvimiento de la humanidad, a lo que se llama en mecánica, la fuerza de inercia, las formas sociales tienden a perpetuarse; el deber del revolucionario consiste en hacer todo su esfuerzo para que esas formas se transformen continuamente y se mantengan siempre al nivel de los progresos morales e intelectuales de la humanidad. Si existen otros que sienten la necesidad de obstaculizar y de aminorar el movimiento social, a nosotros la marcha hacia delante de la humanidad no nos parece más sembrada de peligros de lo que lo está el curso de los astros.” (J. G.)